

Una Revolución del Corazón

**Espiritualidad de Marcelino e identidad
de sus Pequeños Hermanos de María
en el tiempo presente**

Hermano Seán D. Sammon, FMS
Superior General

Instituto de los Hermanos Maristas
Volumen XXXI, n° 1
6 de junio 2003

Seán D. Sammon SG
Una revolución del corazón. Espiritualidad de Marcelino e identidad de sus Pequeños Hermanos de María en el tiempo presente.
Circulares del Superior General de los Hermanos Maristas
Volumen XXXI – n° 1
6 de junio del 2003

Título del original inglés:

A Revolution of the Heart. Marcellin's spirituality and a contemporary identity for his Little Brothers of Mary.

Traducción:

Carlos Martín Hinojar fms

Editor:

Instituto de los Hermanos Maristas
Casa General
Roma, ITALIA

Redacción y Administración:

Hermanos Maristas
Piazzale Marcellino Champagnat, 2
00144 Roma, ITALIA
Tel. (39) 06 545171
Fax. (39) 06 54517217
publica@fms.it
www.champagnat.org

Maquetación y Fotolitos:

TIPOCROM S.R.L.
Via G.G. Arrivabene, 24
00159 Roma, ITALIA

Imprime:

C.S.C. GRAFICA, S.R.L.
Via G.G. Arrivabene, 24
00159 Roma, ITALIA

Fotografía:

Lluís Serra fms

Imagen de portada:

Contagiando la luz
Reunión del Consejo General ampliado
Cochabamba, 31 mayo 2003.

CONTENIDOS

<i>Hijos de un tiempo nuevo</i>	5
Introducción	7
Parte I	
La importancia del contexto	17
Parte II	
Hablemos de la identidad	33
Parte III	
Espiritualidad de Marcelino e identidad de sus Pequeños Hermanos de María en el tiempo presente	45
Referencias	82
Agradecimientos	83

HIJOS DE UN TIEMPO NUEVO¹

III

Tras la suavidad del verano
los cielos bajos y el tiempo tormentoso
limitan y definen nuestro viaje.
Caminamos más abajo que el silencio
apenas por encima del vacío.
Están barriendo las hojas,
un sol tibio toca las cañas con sus dedos:
hemos pasado la mitad del otoño, ¡el fin del tiempo!

¿Dónde está la rueda de fuego,
el carro del espacio tanto tiempo prometido,
tan ansiado en paciente espera?
Si hay algún mensaje
lo encontrarás en esta vieja tierra,
en estas encrucijadas
donde las puertas se abren y se cierran:
Elegir entre instantánea autonomía–
raíces arrancadas componen este suelo cada día–
y la oscuridad, vacío ignoto
donde el hombre oye el misterio de la vida
que se mueve, que resuena, a través de pistas cotidianas
y de la arcilla ordinaria.

¿Adónde ir?
Más allá, donde el sendero se pierde,
donde los pensamientos de viajes o de búsqueda
ya no siguen a los mapas ni al sentido.
¿Más allá, hasta ocultarse en las nubes?
Apresura el paso ahora,
el aire se enrarece, hace frío,
y la fuerza que tira de nosotros
no nos soltará.

Catherine de Vinck

INTRODUCCIÓN

*6 de junio de 2003
Fiesta de San Marcelino Champagnat*

Queridos hermanos

Toda congregación religiosa que se precie tiene la obligación de ofrecer a sus miembros una determinada manera de seguir al Señor, un modo peculiar de buscar la trascendencia.

Esta circular es una de las varias que tengo intención de enviaros a lo largo de los próximos cinco años. La he titulado *Una revolución del corazón* y en ella intento resaltar el papel primordial que debe ocupar la espiritualidad de Marcelino en la búsqueda de una identidad actual para sus Pequeños Hermanos de María.

¿Por qué he escogido este tema como argumento de la circular? Por dos razones. En primer lugar porque desde el Concilio Vaticano II tenemos encomendada la tarea urgente de modelar una identidad contemporánea y sólida para nuestro Instituto, y esto hay que resolverlo.

En segundo lugar, porque mientras el nuevo milenio se pone en marcha, parece haber entre nosotros una gran disponibilidad para afrontar el reto de soñar de nuevo la identidad de nuestro Instituto, además de que disponemos de los instrumentos necesarios para realizar la labor. Ése es el trabajo que nos toca hacer, ya que toda congregación religiosa que se precie tiene la obligación de ofrecer a sus miembros una determinada manera de seguir al Señor, un modo peculiar de buscar la trascendencia.

De aquí la importancia de conocer bien la historia de Marcelino y de nuestros primeros hermanos. Ellos

—con su ejemplo— nos animan a esforzarnos por vivir cada día en castidad, pobreza y obediencia, y nos ayudan a comprender que nuestro estilo de vida como Pequeños Hermanos de María, en lugar de limitar nuestra persona, nos procura una verdadera libertad. Por eso damos gracias. ¿Qué mejor razón podría haber para que volvamos a las fuentes y tengamos a Marcelino y a aquellos santos hermanos presentes en nuestras vidas?

LA MISIÓN, ELEMENTO CLAVE PARA UNA IDENTIDAD ECLESIAL

Hay otro motivo para elegir la identidad como tema central de esta circular. Me refiero a la Iglesia y a su misión, y al papel que nosotros desempeñamos en ambas en calidad de religiosos que brindan un servicio no sacramental. Asumimos una función profética cuando, por medio de la profesión de los consejos evangélicos, prometemos vivir nuestro compromiso bautismal de una manera radical. Dejarme que lo explique.

La misión no es una más entre las diversas funciones de la Iglesia. Constituye su verdadero ser. De algún modo, nuestro trabajo consiste en ayudar a mantener esa identidad clara y limpia en la mente de la Iglesia. Para ello nos convertimos en memoria viva de la acción salvadora de Dios a través de los tiempos, de la necesidad que tenemos todos de una profunda conversión del corazón, y de la responsabilidad de cada quien en la construcción de la comunidad humana presente y futura, mediante nuestra fidelidad a las promesas de Dios.

Hay un cuadro de Eugène Burnand² que representa a los apóstoles Pedro y Juan corriendo hacia el sepulcro de Jesús el día de la Pascua. Esta imagen ha si-



do utilizada a veces para ilustrar la relación que existe entre los miembros de la vida consagrada y la Iglesia en su conjunto. La historia ya la conocemos: Juan adelantó a Pedro y llegó a la entrada de la tumba antes que su compañero.

La prisa de Juan podía ser por la impaciencia, o porque Pedro iba más lento, o a lo mejor estaba ansioso por comprobar que Jesús había resucitado, tal como habían anunciado ya las mujeres. Pero al llegar al sepulcro, en lugar de entrar directamente, optó por esperar al veterano condiscípulo. La Vida Religiosa cumple un papel similar en la Iglesia. Tiene que correr por delante de ella, pero también ha de saber esperar, cuando sea necesario, a que el gran cuerpo le dé alcance y se coloque a su altura.

Al hacer los votos nos comprometemos a trabajar en la misión de Jesús mediante un testimonio radical; a ser para la Iglesia, en palabras y en obras, la memoria viva de su identidad. Asumimos el ideal y la responsabilidad de ayudarla a no desviarse de lo que puede ser, de lo que aspira a ser, de lo que debe ser.

Pero, hermanos, seamos sinceros: ninguno da lo que no tiene. No podemos andar dando consejos a los demás sin aplicarnos a nosotros mismos lo que recomendamos. Nuestra Iglesia lleva medio siglo luchando por quitarse de encima las adherencias históricas que han obstaculizado su capacidad de proclamar la Palabra de Dios de una manera cercana a los hombres y mujeres de este tiempo. Nosotros no podemos mostrar menos entusiasmo a la hora de plantar cara a los problemas que bloquean a los Pequeños Hermanos de María en este momento de la historia.

¿Y qué diríamos si fracasamos en nuestro intento por encontrar respuestas claras y coherentes a estas dos cuestiones: “quiénes somos los maristas” y “qué es lo

verdaderamente importante para nosotros”, perdiendo de esa manera la oportunidad de forjar una identidad renovada y convincente para nuestro Instituto? Correíamos el riesgo de seguir hacia adelante sin rumbo fijo, en lugar de caminar hacia metas definidas con pasión. En cambio, el tener una identidad bien comprendida, expresada y asumida nos orientaría como grupo, galvanizaría nuestras energías y nos llamaría a reafirmarnos en nuestros compromisos.

¿SE TRATA DE UN DESAFÍO IGUAL PARA TODOS?

¿Existe en todas las partes del Instituto la misma necesidad de dar respuesta a este reto de renovar nuestra identidad, de manera que se transparente en nosotros la espiritualidad de Marcelino? La verdad es que no. Tenemos provincias y distritos cuyos miembros se han empeñado seriamente en la tarea de la renovación. El proceso de la reestructuración también ha sido de gran ayuda. A veces olvidamos que la espiritualidad ha sido una dimensión importante de todo este esfuerzo que se ha hecho en el Instituto para conseguir una mayor viabilidad y vitalidad. Cuando emprendemos la ardua tarea de la reestructuración, lo hacemos apoyados en la base de nuestra fe: el Misterio Pascual. Porque a menudo se trata de un largo y doloroso proceso que nos lleva primero a morir al hombre viejo, antes de que lleguemos a ver, con los ojos de la fe, los primeros rayos de sol de la mañana de Pascua.

En otros lugares del mundo marista, en cambio, los hermanos no han mostrado tanto entusiasmo a la hora de responder a esta llamada de la renovación. Tienen miedo al cambio, un miedo asociado frecuentemente a sentimientos de pérdida y desorientación. La verdad sea dicha, es natural que experimentemos esos sínto-



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

No olvidéis que hay notables diferencias entre el cambio y la transformación.

mas. Pero el cambio es inevitable en todo proceso de transformación.

Os confieso con sinceridad una preocupación: los temas de la identidad y de la espiritualidad de Marcelino habría que trabajarlos con urgencia en algunas de nuestras unidades administrativas. En un grupo que se resiste a cambiar se aposentan fácilmente las actitudes negativas. Y dichas actitudes, al instalarse largo tiempo, pueden acarrear efectos fatales. Yo soy optimista acerca de la Vida Religiosa y su futuro y más particularmente acerca de nuestro Instituto, de su vida y misión. Pero creo también que las ventanas de la oportunidad que Dios nos ha abierto en estos años recientes no van a permanecer así indefinidamente. Si no actuamos con audacia y decisión, pronto se cerrarán.

LA INTENCIÓN DE ESTA CIRCULAR

Nuestra identidad como grupo y el lugar central que la espiritualidad de Marcelino debe ocupar dentro de esa identidad fue –directa e indirectamente– una cuestión de fondo en el 20.º Capítulo General. El tema ha surgido también en el Consejo General, en el transcurso de los retiros y en otras fases de las visitas a las provincias y distritos, lo cual no tiene nada de extraño, ya que son aspectos esenciales en nuestra vida como Pequeños Hermanos de María.

El reto que planteo en esta circular se coloca muy por encima de los planes de acompañamiento u otras herramientas útiles que hemos venido empleando a lo largo de estos años para impulsar el trabajo de la renovación. Al iniciar esta circular, dejamos a un lado las preocupaciones organizativas, con todo lo importantes que puedan ser, y acometemos una labor que es fundamental.

Si podemos contestar la pregunta espiritual que fundamenta la identidad –¿en quién o en qué ponemos nuestro corazón?– todas las demás piezas que forman parte del proceso de renovación irán encajando en su sitio: recrear la imagen de María para el siglo XXI; el deseo de abrazar la opción preferencial por los pobres a los que somos llamados; una clarificación de la naturaleza y la forma de nuestro apostolado y de la vida en comunidad; una fácil identificación de los Juan Bautista Montagne de nuestro tiempo, y tantas otras cosas.

TRES PUNTOS A TENER EN CUENTA

Hermanos, a la vez que nos lanzamos a la aventura de reimaginar la identidad del Instituto, quisiera que tuvieseis en mente estos tres puntos. Uno: para alcanzar ese objetivo, nuestros corazones deben estar abiertos al cambio, a la vez que deseamos preservar lo mejor de nuestro pasado. La auténtica renovación no tira por tierra lo que ha habido antes, sino que lo libera de la hojarasca que ha ido adquiriendo a lo largo de la historia.

Dos: no olvidéis que hay notables diferencias entre el cambio y la transformación. El cambio se efectúa en un determinado momento, la transformación se va realizando en el transcurso del tiempo, dándonos la oportunidad de adaptarnos a las nuevas circunstancias psicológica y espiritualmente. Por ejemplo, cuando hago el propósito firme de hacer ejercicio físico todos los días, se produce un cambio en mi vida. Pero los resultados transformadores de ese plan no serán visibles hasta mucho más tarde, cuando la disminución de peso y la mejora general en mi estado de salud sean claramente perceptibles para mí y para los demás.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

En todo proceso que vaya orientado a la renovación de nuestro estilo de vida, ha de mediar algo tan sencillo y tan difícil, a la vez, como es la capacidad de escucha.

Tres: recordad que el itinerario de la renovación al que nos hemos comprometido está abarcando, por lo menos, tres generaciones de hermanos. Cada una de ellas tiene sus propias vivencias sobre la Iglesia y el mundo. Si ignoramos esta realidad, podemos caer en incomprensiones lamentables y en una lectura incorrecta de los signos de nuestro tiempo.

Discutiremos luego más despacio este asunto de las diferencias generacionales que existen en el Instituto actualmente. De momento pensad que tenemos hermanos cuya primera experiencia religiosa marista data de antes del Concilio Vaticano II; otros apenas estaban empezando a madurar cuando aquella histórica asamblea se ponía en marcha; y otros más nacieron en los años posconciliares.

UNA LECCIÓN DE HISTORIA

La historia puede ser una maestra sabia, a condición de que nosotros seamos buenos alumnos. Al final de todo período de cambio y transformación en la historia de la vida consagrada, siempre permanecen estos tres elementos: oración, comunidad y apostolado. Es posible que se hagan presentes de un modo nuevo, pero lo cierto es que ya nadie se plantea una forma de Vida Religiosa que no incluya siempre esos tres aspectos.

Si hemos desarrollado el hábito de la oración, la capacidad de escucha y el deseo de actuar con ánimo y decisión, nos veremos mejor equipados para la tarea de repensar nuestra vida en comunidad, la manera de relacionarnos con Dios y el apostolado, dentro de la herencia de nuestras tradiciones.

Esto es muy importante. En todo proceso que vaya orientado a la renovación de nuestro estilo de vida, ha de mediar algo tan sencillo –y tan difícil, a la vez– como

es la capacidad de escucha. Sí, ése debe ser uno de los distintivos en este empeño común. Para desarrollar esa capacidad haremos bien en procurar no rodearnos únicamente de aquellos que comparten nuestros puntos de vista, o leer solamente aquellos autores que reflejan nuestra opinión y visión de las cosas.

Desde luego que es más agradable no tener que andar sorteando posiciones encontradas. Pero si queremos llegar a una nueva comprensión de nuestro Instituto y de su misión, no podemos limitarnos a hacer sólo lo que es fácil. Hemos de hacer lo que es necesario.

UNA ACLARACIÓN

Para ganar en sencillez de estilo y claridad de enfoque, he dirigido la circular a los hermanos. Sin embargo, soy consciente de que muchos de nuestros seglares también están interesados en su mensaje y no quiero dejarlos aparte. Por favor, hermanos, sentíos con plena libertad para compartir esta carta con ellos y no tengáis ningún reparo en invitarlos a reflexionar con vosotros sobre su contenido. He añadido un pequeño cuestionario al final de cada capítulo; enseguida advertiréis que las preguntas están adaptadas para una diversidad de grupos y situaciones.

ÚLTIMO COMENTARIO SOBRE ESTA CIRCULAR

Tal como os digo, el texto está dividido en partes que incluyen al final varias preguntas para la reflexión. La circular se escribe con la intención de ayudar a todos a compartir experiencias y puntos de vista, a profundizar juntos en la cuestión. Tú, yo, los hermanos de comunidad, nuestros seglares... todos. No insisto más. Vamos a comenzar el trabajo valiéndonos de un relato que nos



Una Revolución del Corazón
Hermano Seán D. Sammon, SG

permita situarnos en el contexto desde el cual – como vengo indicando – hablaremos de la espiritualidad de Marcelino y nuestra identidad como Pequeños Hermanos de María.

PARTE I

La importancia del contexto

En recompensa por su buena conducta, una profesora de educación infantil dejó a los niños de su clase una hora para dibujar lo que quisieran. Los pequeños estaban felices. Enseguida cogieron papel y lápiz y pusieron manos a la obra.

Al cabo de un rato, la profesora sentía curiosidad por ver el resultado del esfuerzo de sus alumnos, así que se puso a pasear entre los pupitres, echando un vistazo disimuladamente a aquellas obras de arte que iban apareciendo en las láminas.

De pronto se quedó perpleja al observar el trabajo de una niña que se llamaba Louise. Aunque la pequeña se había esmerado todo el rato sin parar, la maestra no conseguía adivinar qué era lo que estaba dibujando. Así que le preguntó a Louise qué quería representar con aquellos trazos.

La pequeña replicó: “Estoy dibujando a Dios”. La maestra, sorprendida, le dijo: “Querida, ése es un proyecto muy ambicioso. Date cuenta de que nadie sabe cómo es Dios”. Sin levantar la vista del papel ni por un instante Louise replicó: “¡Lo sabrán enseguida!”

Pues bien, ésa es la voz de la confianza y la certeza. Ojalá tuviéramos nosotros la misma seguridad cuando hablamos de nuestra propia identidad como Pequeños Hermanos de María y de la espiritualidad que hemos heredado de Marcelino Champagnat.

Actualmente nos es más fácil asumir el hecho de que la verdadera crisis que atraviesa nuestro Instituto, al igual que otros muchos, no es la falta de vocaciones en algunas partes del mundo. No, el verdadero problema que han venido sufriendo numerosos grupos religiosos a lo largo de las cuatro últimas décadas es la crisis de identidad y espiritualidad.

Y, una vez más, esto tiene su explicación. Mientras los Padres Conciliares se empeñaron a fondo en definir el lugar correcto de los laicos en la Iglesia, cosa que era necesaria y urgente, no fueron tan expertos en su intento de redefinir la naturaleza y finalidad de la Vida Religiosa.

Con el paso de los años, se va perdiendo un poco entre nosotros la memoria viva de aquel gran acontecimiento y de la esperanza que suscitó en la Iglesia y en el mundo. Pero los que vivieron aquellos momentos, sin duda recordarán que nuestra identidad como Pequeños Hermanos de María parecía estar más clara cuando el Concilio empezó que en la actualidad.

Por ejemplo, hace cuarenta años, los jóvenes en bastantes países al menos distinguían quién era hermano y quién no lo era. Sin conocer al detalle el día a día de la Vida Religiosa, nos veían distintos y, en la mayoría de los casos, nos asociaban con una vida sencilla, pobre y sacrificada. Habiéndonos comprometido a vivir los consejos evangélicos de una manera peculiar, algunos dirían que más intensa, era también visible que habíamos renunciado a ciertas cosas que la mayoría de la gente espera tener en la vida: esposa, dinero del que



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

disponer y un grado de libertad para tomar determinadas decisiones personales.

Pero los tiempos han cambiado. Los signos externos, tales como el hábito religioso, el rezo diario del rosario con los alumnos en la clase, o incluso un apostolado unitario en las provincias y distritos, cosas que antaño reflejaban la identidad de nuestro modo de vida con fuerza y nitidez, ya no existen en muchos lugares. Desgraciadamente seguimos esperando que aparezcan signos nuevos que puedan servir para reemplazar a los que ya se perdieron. ¿Cuál es el resultado de todo esto? En algunas partes del Instituto se ha vuelto hoy confuso para muchos, por no decir oscuro, el significado de nuestra vida de hermanos.

A ello se añade la constatación de que, a lo largo de estas cuatro décadas, nos hemos empleado a fondo en recalcar a los miembros de la Iglesia que la vida del hermano no es mejor que cualquier otro proyecto de vida acorde con el evangelio. Lo cierto es que no hemos logrado acentuar, al mismo tiempo, qué es lo que hace diferente y única nuestra forma de vida.

En algunas partes del mundo, es comprensible que mucha gente se plantee hoy serios interrogantes en torno a la salud y al futuro de la vida consagrada en general, y a nuestra vida de hermanos en particular, y esto por varios motivos: el aumento del consumismo, en contraste con la vida sencilla y austera que llevábamos en el pasado; el auge del individualismo; y los informes sobre el abuso sexual infantil perpetrado por algunos de nuestros hermanos.

En resumen, desde el Vaticano II los religiosos hemos estado intentando hacer pie. Son ya casi cuarenta años en búsqueda de una identidad renovada y convincente que reemplace la que perdimos durante el Concilio.

Lamentablemente, nos estamos quedando cortos en nuestros objetivos. El problema en algunos lugares es tan preocupante que el padre Timothy Radcliffe, anterior Maestro General de la Orden de Predicadores, ha dicho que hay religiosos que van por la vida como herreros en un mundo de automóviles, deambulando en busca de trabajo.

¿NOTICIAS DESALENTADORAS?

¿Tenemos que desanimarnos a la vista de este panorama? No, no es el caso. El jesuita John Padberg³, experto en historia de la Iglesia, señala que la Vida Religiosa de occidente ha pasado por tres períodos singulares de agitación a lo largo de los últimos 450 años. El primero empezó con la Reforma Protestante. El segundo, con la Revolución Francesa, mientras que nuestro período más reciente de confusión tuvo lugar durante los años que siguieron al Concilio Vaticano II.

También nos consuela el tener en cuenta que la historia de la vida consagrada ha sido todo menos sistemática y ordenada, a pesar de ciertos estudios recientes que se han llevado a cabo sobre ese particular y que se empeñan en mostrarnos una evolución metódica de la Vida Religiosa desde los tiempos de santa María Egipcíaca y san Antonio Abad hasta nuestros días. Para qué vamos a engañarnos, desde el principio hay que contar con que todo proceso de transformación suele ser irregular, desordenado e incómodo.

¿TENEMOS FUTURO?

Antes de seguir adelante, detengámonos aquí un momento para hacer algunas preguntas incómodas. Ahí va la primera: ¿estamos convencidos de que la revitalización de nuestro estilo de vida es posible? A la luz del



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

cambio que se ha operado desde el Concilio y de las pérdidas que más de una vez lo han acompañado, o a pesar de todo ello, ¿creemos sinceramente que los Pequeños Hermanos de María tenemos un futuro viable y vital? ¿Por qué es tan importante que respondamos esta pregunta? Las energías que queremos gastar y los riesgos que estamos dispuestos a afrontar durante los años que se avecinan van a estar determinados, en buena medida, por esa respuesta.

Otra pregunta, no menos preocupante: ¿estamos seriamente comprometidos con el sueño y el carisma de Marcelino, dispuestos a dedicar tiempo y esfuerzos a hacerlo realidad entre nosotros, de una manera adecuada a las necesidades de hoy? Si la respuesta de la mayoría es “no”, sea de palabra o por los hechos, entonces ya no tendremos que inquietarnos por el futuro de nuestro Instituto. Con toda probabilidad no durará más allá de la presente generación.

En su libro *Alicia en el país de las maravillas* el autor Lewis Carroll relata el encuentro de Alicia con un gato de Cheshire. Llega ella a una bifurcación en el camino, se para y ve al gato subido en un árbol. Alicia le pregunta: “¿Qué dirección tengo que tomar?” El gato, a su vez, le responde con una pregunta: “¿Adónde quieres ir?” “No lo sé”, responde ella. “Entonces –continúa el gato– no importa si vas por un camino o por el otro”.

Si no nos empeñamos en tomar las decisiones necesarias para definir una identidad única y renovada para nuestro Instituto y no nos dedicamos en cuerpo y alma a la tarea de revitalizar nuestro estilo de vida durante los próximos años, tampoco a nosotros nos importará gran cosa cuál sea el camino.

El ejemplo de las congregaciones que han experimentado uno o más renacimientos a lo largo de su historia puede alentarnos en esta tarea. Estos grupos tu-

vieron una visión inspiradora, hubo voces proféticas entre sus miembros y los dirigentes estaban llenos de esperanza. Gracias a estos factores, los implicados tuvieron la valentía necesaria para responder a los retos enumerados a continuación:

- Iniciar un cambio profundo en los corazones, a partir de un nuevo impulso de fe, caminando hacia una mayor centralidad en Cristo Jesús.
- Redescubrir el carisma fundacional del Instituto, oculto tras la maraña acumulada por la historia.
- Acertar a dar una respuesta transformadora a los siglos de los tiempos.

Creo firmemente que si trabajamos con seriedad en esta triple tarea, descubriremos finalmente que la espiritualidad de nuestro fundador crece fresca y lozana en la identidad de sus Pequeños Hermanos. Obviamente, el modo de ir a Dios propio de Marcelino en el siglo XIX, necesita un nuevo rostro en el siglo XXI. Pero, en el fondo, estarán siempre las mismas actitudes y orientaciones que le guiaron en su viaje espiritual.

Permitidme una pequeña advertencia antes de seguir adelante. En períodos de incertidumbre, no deja de ser tentador acudir a modelos que dieron sus frutos en otra época. Pero esa respuesta sólo nos llevará a una pérdida de vitalidad e hipotecará todo posible futuro.

Vivimos en un momento de la historia en el que se está produciendo una transición paradigmática en la configuración de nuestra forma de vida. Cuando este proceso haya concluido, lo que conocíamos ya no existirá. Del mismo modo, lo que buscamos hoy a través de la revitalización de nuestro Instituto y su misión todavía no lo vemos claramente.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Vivimos en un momento de la historia en el que se está produciendo una transición paradigmática en la configuración de nuestra forma de vida.

Tenemos pendientes algunas decisiones de capital importancia sobre nuestra identidad y finalidad como grupo. Cuando las hayamos tomado, serán más claras las implicaciones de nuestra pertenencia a un Instituto renovado, con una misión vital, lo cual nos permitirá dedicar nuestros esfuerzos a vivir ambas cosas en plenitud.

LA TAREA SE COMPLICA

Dicho esto, hemos de admitir que el trabajo de renovación resulta hoy más complicado debido a las características propias de estos tiempos y por el hecho de que son varias las generaciones que conviven actualmente en el Instituto. Para empezar, este período de la historia que muchos denominan posmodernidad está marcado por la necesidad, cada vez mayor, de descubrir una imagen de Dios nueva y creíble. El hermano Benito, en su alocución de apertura del 20.º Capítulo General, describió esta situación confusa como una crisis de fe ⁴.

Muchos de nosotros sentimos que en los ambientes en que vivimos se ha perdido notablemente la fe. Atrás quedaron los tiempos en los que nuestra existencia transcurría dentro de una cultura cristiana generalizada y cuando estábamos rodeados de gente creyente. Incluso quienes desean llevar una vigorosa vida de fe en algunas de nuestras comunidades maristas, es triste decirlo, no siempre pueden contar con todos los miembros del grupo para hacer esto realidad.

Aquí y ahora, en el amanecer del nuevo milenio, no son pocos los que suspiran por un Dios que esté verdaderamente en el centro de sus vidas. Un Dios con el que podamos relacionarnos espontáneamente, fuente de profundo sentido y respuesta a nuestras más hondas inquietudes. Ése es el Dios en torno al cual queremos re-

novar nuestra espiritualidad y construir una vida de oración personal y comunitaria.

En relación con esto, aunque sea menos evidente, es preocupante el hecho de que, en años recientes, numerosos países en vías de desarrollo han sufrido una serie de transformaciones vertiginosas, efectuadas con escaso o nulo control. En el transcurso de una o dos generaciones han experimentado cambios que en los países desarrollados requirieron cinco o seis. Desde una perspectiva humana y espiritual, el resultado ha sido trágico: la desintegración, o abiertamente la destrucción deliberada, de bastantes culturas indígenas.

En otro orden de cosas –como ya hemos comentado anteriormente– no hay que perder de vista que hoy, en el Instituto, convivimos al menos tres generaciones distintas de hermanos. Es conveniente que tengamos algún conocimiento de ellas para entender mejor el fondo de esta circular.

Los hermanos que están en el grupo más veterano saben muy bien cómo era nuestro estilo de vida en la época anterior a los movimientos sísmicos que la estremecieron durante el Concilio Vaticano II y los años subsiguientes. Ellos recordarán, por ejemplo, que fue Pío XII el que al final de los años 50 lanzó la primera llamada a los religiosos para que llevaran a cabo una modificación de las costumbres antiguas que no eran esenciales para la vida consagrada.

Un segundo grupo, a su vez, es el de los hermanos que llegaron a la madurez cuando el papa Juan XXIII abrió las ventanas del aggiornamento y no sólo pidió que dejaran entrar aire fresco, sino que convocó un Concilio Ecuménico casi cien años después que se celebrara el anterior. No pocos hermanos de esta generación se vieron rápidamente inmersos en lo que hoy llamamos la modernidad: se esforzaron por quitar de en



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

medio ciertos privilegios, símbolos y modos de vida que nos separaban del Pueblo de Dios, de tal manera que el hábito religioso se hizo menos común, las formas tradicionales de vivir en comunidad comenzaron a cambiar y muchas cosas que nos resultaban familiares empezaron a desaparecer de la escena.

A este grupo le tocó plantear dentro de la congregación los mismos interrogantes sobre la vida y el sentido que toda persona debe resolver. Gracias a ello, pudieron guiar al Instituto en un tiempo de pérdidas, por una época en la que se pusieron en tela de juicio el significado y la finalidad de nuestro estilo de vida. Tuvieron el privilegio de asistir a la muerte de una era en la historia de la Iglesia y recibieron la gracia de ayudar a parir un tiempo nuevo.

Sin embargo los asuntos que se plantean de cara a la renovación en el 2003 no son los mismos que en 1967 y 1968. Hoy es una nueva generación la que mira a la Vida Religiosa y a nuestro Instituto y, francamente, bastantes proceden de ambientes que nos resultan extraños a quienes andamos por encima de los cincuenta. Sin ser absolutamente general, sí es cierto que estos jóvenes, cada vez más, vienen carentes de una sólida base religiosa. Por referirnos sólo a detalles anecdóticos, ciertos signos que servían a las generaciones anteriores para poner de manifiesto su fe –abstenerse de comer carne los viernes, ayunar desde medianoche para recibir la comunión, los nueve primeros viernes de mes y así sucesivamente– son cosas totalmente ajenas a la experiencia de estos jóvenes.

Entre quienes llegan hoy como candidatos a la vida marista están los retoños de ese período al que hemos aludido con el nombre de modernidad, cuyos interrogantes han vivido desde la infancia. Comprensiblemente, ahora piden respuestas y buscan signos claros que puedan identificarlos como miembros de una congre-

gación religiosa. Quieren pertenecer al grupo, pero al mismo tiempo se preguntan qué es lo que les va a dar fuerza al tratar de llevar adelante su proyecto de vida en los tiempos actuales.

Y así, cuando hablamos con los hermanos jóvenes, enseguida descubrimos que para ellos el Vaticano II es historia pasada. Tienen como referencia los años 80 ó 90, en absoluto los 60. Por lo mismo, cuando los miembros de esta generación más joven se dedican a recuperar ciertos aspectos de la premodernidad, con el énfasis puesto en las tradiciones, esto no tiene nada que ver con una restauración del pasado. ¿Por qué? Porque no tienen memoria alguna de lo que era el mundo y la Iglesia en los tiempos anteriores al Concilio.

Ante tal diversidad de experiencias, los responsables del Instituto no pueden desentenderse de la necesidad que tenemos hoy de trabajar con una visión integradora, que abarque a todos los hermanos. ¿De qué otro modo, si no, seremos capaces de navegar actualmente por los mares postmodernos con toda su complejidad?

DIOS EN EL CENTRO

El segundo elemento de esta circular, al que vengo denominando espiritualidad de Marcelino, es tan importante como el primero. Como he señalado anteriormente, pienso que el camino que recorrió nuestro fundador para llegar a Dios debe estar en la base misma de una identidad renovada para nuestro Instituto y su misión.

El Capítulo encomendó al Consejo General que se elaborara un documento sobre la espiritualidad similar a *Misión Educativa Marista*⁵. Un texto así permitiría a todos los que compartimos el carisma y el sueño de



¿Qué precio
habrá que pagar
para que
nuestro Instituto
y su misión
tengan vida
y futuro?
Nada menos que
una revolución.

Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Marcelino, hermanos y seglares, reflexionar en profundidad sobre su espiritualidad para encontrar en ella las raíces de la nuestra.

Desde 1976 acá, el término espiritualidad apostólica marista⁶ es el que más se ha venido usando en toda referencia sobre este particular. Yo prefiero decir espiritualidad de Marcelino por varias razones. La primera, porque todo acercamiento a nuestra espiritualidad como Pequeños Hermanos de María debe empezar con el fundador. El tesoro que él transmitió a los primeros hermanos, y con ellos a todos nosotros, a través de la Iglesia, es único. Se diferencia del legado de Juan Claudio Colin. La influencia de éste se aprecia claramente en la espiritualidad que caracteriza a los miembros de las otras ramas de la Sociedad de María, pero no tanto en la nuestra.

En segundo lugar, el *Testamento Espiritual* de Marcelino recoge los tres elementos que componen el núcleo de su espiritualidad y la de sus Pequeños Hermanos: el ejercicio de la presencia de Dios, la devoción a María, confiados en su protección, y la práctica de esas llanas virtudes de la sencillez y la humildad.

Con el lenguaje propio de su tiempo, el fundador expresaba la espiritualidad que quería para sus Pequeños Hermanos, la cual era como un espejo de la suya propia: “Deseo con toda mi alma que perseveréis fielmente en el santo ejercicio de la presencia de Dios, alma de la oración, de la meditación y de todas las virtudes. Constituyan siempre la humildad y sencillez el carácter distintivo de los Hermanitos de María... Manteneos en un espíritu recio de pobreza y desprendimiento... Una tierna y filial devoción a nuestra Buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia. Hacedla amar por doquiera cuanto os sea posible... Sed fieles a vuestra vocación, amadla y perseverad en ella con entereza.”⁷

Luego analizaremos varios factores que contribuyeron a la maduración espiritual de Marcelino, entre los cuales ocupa un puesto importante el ejercicio de la presencia de Dios. Este Dios cuya compañía buscaba y anhelaba no era una deidad abstracta. Tenía rostro. Su espiritualidad estaba centrada en el misterio de la Encarnación. La intimidad con Jesús era claramente el destino final del viaje de fe de Marcelino.

Cristo en el centro. Y María también en el corazón de su espiritualidad, si bien de modo distinto. Marcelino confiaba plenamente en ella y se acogía a su protección. Con frecuencia decía a los Hermanos: “Con María lo tenemos todo, sin ella no tenemos nada”. El nombre de María significó mucho para nuestro fundador. Marcelino se encontraba con Jesús en el misterio de la Encarnación y allí – inseparablemente – estaba María. Por eso su espiritualidad era igualmente mariana.

Otra característica de su espiritualidad era la transparencia. Amaba la sencillez. El fundador era un hombre directo, jovial, acogedor. Su humildad era igualmente evidente y nadie podía tacharle de engreído. Éstos son los rasgos que quería ver reflejados en sus hermanos y que hoy son tan atractivos dentro de la Iglesia. La espiritualidad de Marcelino es la expresión de un cristianismo práctico, capaz de transformar a la persona y al mundo en el que vivimos.

De vez en cuando tenemos ocasión de comprobar cuán profundamente alguno de los elementos de la espiritualidad de Marcelino ha llegado a formar parte de nuestra vida. Os cuento mi experiencia. Cuando era provincial y me nombraron para un segundo período de mandato, decidí hacer un retiro de treinta días en una casa de oración de la costa de Massachussets.



Marcelino era un hombre directo, jovial, acogedor. Su humildad era igualmente evidente y nadie podía tacharle de engreído. Éstos son los rasgos que quería ver reflejados en sus hermanos.

Tuve como acompañante a un jesuita anciano y experimentado que se llamaba Tom. Enseguida nos pusimos a la tarea, entrevistándonos regularmente durante la primera semana según iba entrando en el ritmo del retiro.

Pero al empezar la segunda semana, cuando acudí a nuestro habitual encuentro de media hora, Tom me hizo esta sorprendente declaración: “Lo doy por imposible, me dijo, tú no puedes hacer los ejercicios ignacianos tradicionales. María está demasiado presente en tu espiritualidad”. Yo no tenía claro si aquello era una crítica velada, así que le pregunté qué quería decir. Él replicó: “Muy sencillo, tú eres marista, no jesuita”. A partir de allí diseñamos el retiro de manera que yo pudiera pasar los días que me quedaban contemplando el mundo y la Palabra de Dios a través de los ojos de María. Al final del mes me di cuenta de que aquel retiro había sido uno de los más gratos y fructíferos de mi vida. En definitiva, como os he dicho, son varias las razones que me llevan a preferir el término espiritualidad de Marcelino a lo largo de esta circular.

NUESTRO 20.º CAPÍTULO GENERAL

Con el deseo de ambientar el tema de nuestro 20.º Capítulo General con una referencia bíblica, los miembros de la Comisión Preparatoria escogieron un pasaje del capítulo 30 del Deuteronomio. Yahveh pone a los israelitas en esta tesitura: elegir vida y futuro, o muerte y destrucción. Tenemos lugares donde los hermanos han de responder al mismo reto, esto es, afrontar con audacia el futuro, o seguir tímidamente aferrados al pasado.

¿Qué precio habrá que pagar para que nuestro Instituto y su misión tengan vida y futuro? Nada menos que una revolución. Os invito a uniros a mí en una muy

especial, una revolución del corazón. Poco puedo prometeros a cambio, como no sea un trabajo duro, una dieta sostenida de sacrificio personal y la posibilidad de tener parte, nada menos, que en el renacimiento de nuestro Instituto y de la misión que tanto amamos.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

Nota: Busca un espacio tranquilo donde puedas reflexionar en torno a estas preguntas. Hazlo en un momento en que no tengas prisa. Coge papel y bolígrafo y anota cualquier pensamiento, sentimiento o inspiración que creas que vale la pena guardar. Posteriormente, mira a ver si puedes tener una conversación con otros que hayan hecho lo mismo que tú. Estos apuntes serán muy útiles durante el diálogo o simplemente cuando quieras echarles un vistazo más tarde para refrescar las cosas que surgieron en tu reflexión.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. En tus momentos tranquilos ¿cuáles son tus pensamientos sobre el porvenir del Instituto y su misión? ¿Estás convencido de que hay futuro, o te sientes preocupado por lo que puede venir? ¿En qué se basa tu reacción?
2. Señala alguno de los principales obstáculos que se oponen a un renacimiento de la vida marista en tu provincia o distrito, o en tu comunidad. ¿Qué pasos puedes dar tú para reducir la influencia o la fuerza de tales obstáculos?
3. De la misma manera, ¿qué aspectos dentro de ti mismo son un obstáculo para la revitalización de la vida marista y el apostolado y qué puedes hacer tú para quitarlos de en medio?
4. Por otro lado, ¿qué cualidades tuyas o acciones por tu parte contribuyen a construir la vida marista y la misión en tu región, provincia o comunidad? ¿Qué puedes hacer para acrecentar esas fuerzas positivas?
5. Di unas palabras sobre tu espiritualidad. ¿Cómo describirías tu relación con Jesús y con María a un amigo que te preguntara sobre el lugar que ocupan en tu vida?

PARTE II

Hablemos de la identidad

Todas las tardes, a la puesta del sol, un rabí paseaba por la ciudad en la que vivía y se daba una vuelta por sus alrededores. Esta rutina diaria le proporcionaba tiempo para reflexionar y también para mantenerse al tanto de las idas y venidas de sus vecinos.

Los ricos propietarios que vivían en la zona exterior de la ciudad tenían la costumbre de contratar vigilantes para que guardaran la heredad por la noche. Una tarde el rabí se topó con uno de estos vigilantes y le preguntó el nombre de su patrón. Resultó ser alguien muy conocido.

Para sorpresa del rabí, el guarda a su vez le preguntó quién era su patrón. El hombre se quedó perplejo. ¿Acaso no estaba claro, para el guarda y para todo el mundo, que él trabajaba para el Dueño del Universo? Titubeó el rabí y la respuesta tardaba en venir. Finalmente dijo: “Lamento decirte que no estoy seguro de que en realidad trabaje para alguien. Ya sabes, yo soy el rabí de esta ciudad.”

Caminaron un rato juntos en silencio y, de pronto, el rabí le dijo al vigilante: “¿Quieres venir a trabajar conmigo?”

“Sí, – contestó el hombre – me gustaría, pero ¿qué es lo que tendría que hacer?”

A lo cual replicó el rabí: “Hay una sola cosa que tendrías que hacer. Recordarme siempre para quién trabajo, qué empleo estoy desempeñando y por qué estoy aquí. Solamente recordarme eso, nada más.”

¿A qué viene esta historia? Los Pequeños Hermanos de María, con casi cuarenta años de esfuerzos de renovación a nuestras espaldas, podemos llegar a la conclusión de que nosotros somos el rabí de este relato, siempre necesitados de que alguien nos recuerde para quién trabajamos. Pero no, nuestro verdadero puesto está entre los que vigilan. Como os dije antes, estamos llamados a vivir dentro de la heredad, a ser memoria viva de la Iglesia, recordándole constantemente la naturaleza de su identidad. Ésa es nuestra misión profética.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR IDENTIDAD?

¿A qué nos referimos cuando hablamos de identidad? En un plano personal, es la experiencia de saber quién soy y adónde me dirijo en esta vida. La identidad de un grupo o de una organización es algo parecido. Cuando se pregunta por el carácter propio de una institución sólida la respuesta es clara y concreta. Y de la misma manera que la identidad personal hace a cada individuo único, la identidad de un Instituto religioso ayuda a sus miembros a responder con claridad a estas dos cuestiones: “¿quiénes somos?” y “¿qué es lo verdaderamente importante para nosotros?”

Para formarse una identidad, un Instituto debe, antes que nada, examinar con sinceridad las opciones que tiene delante. Nosotros llevamos intentándolo desde el Concilio. A la luz del carisma y en respuesta a las llamadas de la Iglesia y del mundo, analizando la realidad cambiante y considerando las nuevas necesidades que surgen, nos hemos preguntado: ¿De qué manera podemos vivir hoy en el mundo, experimen-



tando una radical dependencia de Dios e impulsando la misión de Jesús?

Al igual que sucede con la formación de la identidad personal, el segundo paso en la formación de la identidad de cualquier Instituto consiste en afrontar las inevitables crisis que siguen a todo proceso de exploración. En las últimas cuatro décadas hemos aprendido dos amargas lecciones: la exploración conduce a la crisis y cuantas más posibilidades se nos abran en esa exploración, mayor número de crisis.

Continuando con el paralelismo de la identidad individual, el tercer y último paso en la definición de la identidad grupal implica el compromiso. Tenemos que optar, si queremos ver logros finales después del tiempo de exploración, cambio y transición. Nos tocará elegir entre diversas alternativas y, a lo mejor, nos atraerán todas ellas, pero debemos decidir dónde nos quedamos, qué prioridades nos señalamos y cómo planeamos orientar nuestra vida. Si queremos forjar una nueva identidad para nuestro Instituto, no podemos saltarnos esta etapa de discernimiento y elección.

¿DE DÓNDE VIENEN NUESTROS PROBLEMAS DE IDENTIDAD?

¿Sientes curiosidad por saber de dónde brota la confusión que existe en torno a nuestra identidad de consagrados en el mundo de hoy? Basta mirar hacia el Vaticano II. No son pocos los que piensan que las decisiones que allí se tomaron, aunque necesarias y largamente esperadas, barrieron los cimientos ideológicos sobre los que estuvo construido nuestro modo de vida durante siglos.

Desde la Alta Edad Media hasta el Concilio Vaticano II, la mayoría de los fieles aceptaba como lo más evidente la escala jerárquica de los tres niveles dentro de la

Iglesia, a saber, el estado sacerdotal, el estado religioso y el estado laical. Los que pasamos ya de los cincuenta, nos acordamos muy bien de los tiempos en que nos enseñaban que el sacerdocio era la “llamada más sublime” en materia de vocación.

Después venía la vida consagrada. Comúnmente se admitía que sólo los miembros de las órdenes religiosas, con sus votos, podían alcanzar la perfección espiritual. El estado laical, lamentablemente, se quedaba en un modesto tercer lugar. Muchos seculares, hombres y mujeres, que no habían sido llamados ni al sacerdocio ni a la Vida Religiosa, se sentían como ciudadanos de segunda categoría en su propia Iglesia.

El Vaticano II echó por tierra este modelo de los tres niveles. Los Padres Conciliares declararon sobre la vida consagrada: “Este estado, si se atiende a la constitución divina y jerárquica de la Iglesia, no es intermedio entre el de los clérigos y el de los laicos, sino que de uno y otro algunos cristianos son llamados por Dios para poseer un don particular en la vida de la Iglesia” (*Lumen Gentium* 43)⁸.

Mirando hacia atrás, nos damos cuenta de que, efectivamente, los que participaron en el Concilio afrontaron con decisión la tarea urgente y necesaria de redefinir el verdadero lugar del laicado dentro de la comunidad eclesial. En cambio, no fueron tan afortunados en sus esfuerzos por describir claramente la naturaleza y finalidad de nuestro estado de vida. El decreto *Perfectae Caritatis*, que nació de una manera difícil y complicada, se quedó muy corto a la hora de brindar a los religiosos el vigoroso empuje teológico que la *Lumen Gentium* había dado a los laicos.

Más recientemente, en la exhortación apostólica *Vita Consecrata*, Juan Pablo II manifestó que cada uno de los estados fundamentales que hay dentro de la Iglesia expre-



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

sa uno u otro aspecto del misterio de Cristo. Por ejemplo, los seculares asumen el compromiso de asegurar que el mensaje evangélico sea proclamado en la esfera temporal.

Por su parte la Vida Religiosa, llamada a adoptar el propio estilo de vida de Jesús, tiene, en palabras del Papa, la responsabilidad de testimoniar la santidad del Pueblo de Dios. Ha de proclamar y, en cierto modo anticipar, una edad futura, en la cual el Reino de Dios llegará a su cumplimiento final. Es una expresión más completa de la misión de la Iglesia, a saber, la santificación de la humanidad.

Como acabamos de decir, los Padres Conciliares sólo reflejaron dos estados de vida dentro de la estructura de la Iglesia, el sacerdocio y el laicado. Sin embargo, la exhortación *Vita Consecrata*, a pesar de sus limitaciones, volvió a recordar que son tres los que se dan dentro de la comunidad eclesial: el laicado, el sacerdocio y la Vida Religiosa. A raíz de ese documento, la vida consagrada recuperó su lugar en la Iglesia y encontró de nuevo las herramientas necesarias para comenzar a repensarse a sí misma de cara al nuevo milenio. Pero la historia no termina aquí. En las páginas siguientes haremos un rápido repaso de este viaje en búsqueda de una nueva identidad para nuestro estilo de vida que dura ya casi cuarenta años.

RETOS CONCRETOS QUE TENEMOS LOS RELIGIOSOS HERMANOS⁹

Dada nuestra condición de hermanos, nos han correspondido algunos desafíos adicionales en este intento de forjar una renovada identidad posconciliar. En primer lugar, durante los años turbulentos que siguieron al Vaticano II, nos tocó sufrir una mayor pérdida de sentido que a muchas congregaciones clericales. Ellos, a fin de cuentas, contaban con su ministerio sacerdotal para mantener la estabilidad y el sentido de identidad.

En segundo lugar, nuestra vocación siempre ha des-
pistado a no pocos católicos. Algunos, por ejemplo, nos
consideran algo así como “en preparación para el sa-
cerdocio”, mientras que otros están persuadidos de que
hemos fracasado en esa tarea.

Más aún, hoy en día nuestra vocación de hermanos
ha empezado a confundir también a algunos de los
nuestros. Nos hemos desprendido, en años recientes,
de los signos externos que anteriormente ayudaban a la
gente a distinguirnos de otras congregaciones religio-
sas. Una confusión semejante se ha suscitado en algu-
nas provincias y distritos por el hecho de que nos haya-
mos alejado de lo que muchos ven como nuestro apos-
tolado tradicional, para dedicarnos a otros servicios
considerados más acordes con las necesidades actuales.

En consecuencia, somos menos visibles en algunas
sociedades y culturas en las que nos movemos y nos pa-
recemos más a los miembros de otras congregaciones
religiosas. ¿Hay que sorprenderse, entonces, de que
haya habido titubeos al enfrentarnos a la tarea de rei-
maginar teórica y teológicamente un papel distinto pa-
ra nosotros dentro de la comunidad eclesial?

En tercer lugar, como hermanos podemos y debe-
mos tomar parte activa en el diálogo que ha de llevar a
cabo la Iglesia sobre su ministerio para los tiempos pre-
sentes. Pero nuestras voces, con mucha frecuencia, han
sido extrañamente silenciadas. ¿Por qué son así las co-
sas? Si he de señalar una razón, diré que todavía tene-
mos que encontrar canales ágiles y eficaces para comu-
nicar nuestra experiencia.

Somos un Instituto que evangeliza principalmente
por medio de la educación. Y en la mayor parte de
nuestras obras actuamos con notable independencia de
las iglesias locales. Resulta curioso que, siendo el Ordi-
nario de la diócesis el que debe darnos el permiso para



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

instalarnos allí, la realidad es que él extiende la autori-
zación y, a partir de ese momento, nos deja organizarnos
y dirigir las cosas siguiendo exclusivamente nues-
tras tradiciones y costumbres maristas.

Y luego sucede que, inmersos como estamos en las
preocupaciones del día a día que procura toda escuela
u otra institución, podemos vivir y trabajar bastante aje-
nos a las preocupaciones de la Iglesia local. Al cabo de
un tiempo descubrimos que se van perdiendo progresi-
vamente los cauces de relación que nos ayudarían a
compartir nuestras experiencias y nuestra visión del
apostolado.

Finalmente hemos de reconocer que, al igual que
otras congregaciones de hermanos, somos un grupo
eminentemente pragmático. Antes del Concilio Vatica-
no II, esta característica nos valía. Apoyados en la cer-
teza de lo que se esperaba de nosotros como religiosos
de vida apostólica, estábamos en condiciones de llevar
adelante la tarea que teníamos entre manos, la educa-
ción de los jóvenes.

Pero en los años 60 este sistema que tanto había du-
rado se derrumbó. De entonces acá hemos continuado
con nuestro trabajo, pero algunos no ven las cosas tan
claras como antes del Concilio. Incluso hoy en día no
faltan entre nosotros quienes sienten confusión sobre lo
que se nos pide en los votos y en la vida en común, so-
bre la forma y naturaleza de nuestra espiritualidad.

Quizá nuestro error fue no haber sabido captar a
tiempo que aquel sistema se nos venía abajo. Y por eso
ha habido mucho sufrimiento callado entre los herma-
nos. Ojalá nos demos cuenta de que liberar ese dolor
oculto durante tantos años sería una experiencia tan
amarga como saludable.

UN CAPÍTULO GENERAL EXTRAORDINARIO

En 1967 y 1968, siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II, se celebró un Capítulo General extraordinario en nuestra Casa General de Roma. Al revisar los documentos elaborados por los hermanos que participaron en aquella convocatoria, observamos que los capitulares no dejaron piedra sin remover en sus esfuerzos por responder a la voz del Concilio que pedía la renovación de nuestro Instituto. Más todavía, en las páginas de aquella documentación se puede ver que los miembros del 16.º Capítulo General estaban ya empezando a lidiar con la cuestión de la identidad.

Los hermanos que se reunieron en el 17.º Capítulo General, en 1976, también discutieron el problema de la identidad. Pero lo hicieron en circunstancias muy distintas a las del Capítulo que se reuniera nueve años antes. En bastantes partes del Instituto reinaba la perplejidad debido al sorprendente número de hermanos que habían solicitado la dispensa de los votos después del Concilio y del Capítulo General extraordinario.

A pesar de la perplejidad, el 17.º Capítulo General decidió incluir el siguiente mensaje en la redacción del documento final: “Nuestra crisis de identidad marista remite a una crisis de identidad de la Vida Religiosa en su conjunto. Y esta crisis de la Vida Religiosa remite, a su vez, a la crisis actual de la civilización y de los valores reconocidos hasta ahora como tales. Por tanto, la falta de unificación entre vida de oración, vida apostólica y vida comunitaria no es, ante todo, un problema moral. Es un fenómeno comparable al de un organismo vivo fuertemente perturbado, que trata de encontrar un nuevo equilibrio¹⁰”.



Una Revolución del Corazón
Hermano Seán D. Sannon, SG

SITUAR LOS PRIMEROS INTENTOS DE RENOVACIÓN EN SU DEBIDO CONTEXTO

Antes he dicho, de pasada, que aquellos primeros intentos de renovar nuestra vida y nuestra misión como maristas no se produjeron en medio de un vacío cultural o histórico. Al contrario, comenzaron a finales de los años 60 e inicios de los 70, durante un período turbulento de inestabilidad política y social que afectaba a muchas partes del mundo. Los movimientos independentistas en África, por ejemplo, dieron origen a las corrientes nacionalistas y al nuevo mapa político de ese continente.

Esos años estuvieron igualmente marcados por campañas y plataformas que demandaban más libertad civil, política y sexual en numerosos países desarrollados. ¿Con qué resultado? Cobró mayor relieve todo lo que tuviera que ver con los derechos individuales y creció la desconfianza hacia toda forma de autoridad.

También entre nosotros, en aquellos años posconciliares, se acentuaron mucho las cuestiones relativas al crecimiento y realización del individuo. Ello nos llevó a familiarizarnos con los principios del desarrollo humano y la psicología. En la mayor parte de los casos, estos conocimientos fueron de gran ayuda en el ámbito de la persona y contribuyeron a renovar los planes de formación inicial y permanente. Pero no faltaron quienes derivaron hacia una excesiva preocupación por sí mismos y perdieron el impulso de generosidad que siempre había acompañado nuestro estilo de vida.

Finalmente, en algunas zonas del mundo, el proceso de deconstrucción –es decir, el desmantelamiento de estructuras e instituciones establecidas– se añadió a la confusión del mundo eclesial posconciliar. Todo esto contribuyó al desmoronamiento de los modelos existentes y de las prácticas de la Vida Religiosa que, hasta entonces, habíamos asumido sin problemas.

Por si fuera poco, en años recientes pudimos constatar que, mientras dismantelábamos el “claustro”, nos inundaban otras ideologías opuestas –el individualismo, el materialismo, el consumismo, una nueva mentalidad acerca de la sexualidad y las relaciones interpersonales, por nombrar algunas– y planteaban la batalla a los valores que, hasta aquel momento, habían guiado la Vida Religiosa. Fue en medio de todo este vertiginoso cambio de circunstancias que empezamos, junto con los religiosos de otros muchos Institutos, la labor de adaptación a las realidades y necesidades de la Iglesia y del mundo, propias del final de siglo.

UNA NUEVA IDENTIDAD PARA LOS PEQUEÑOS HERMANOS DE MARÍA

Los Capítulos Generales que se han celebrado desde el tiempo del Concilio Vaticano II han manifestado claramente que, al definir una nueva identidad para nuestro Instituto, debemos abarcar esas tres áreas que venimos indicando repetidamente: oración, apostolado, vida comunitaria. El último capítulo nos alentó también a llevar a cabo esta tarea junto con los seculares maristas, que se sienten atraídos por el espíritu del fundador y están igualmente ansiosos por clarificar su identidad.

Si lo que buscamos es una renovación auténtica, el 20.º Capítulo General nos recordó de diversas maneras que la espiritualidad es el lugar donde debemos comenzar. Podemos cambiar de trabajo, de ubicación, de comunidad, pero todo ello se quedaría en simples “curas geográficas” si no acertamos, a la vez, a cambiar los corazones.

En dos circulares futuras trataré de reflexionar sobre los temas de vida comunitaria y misión y la relación que tienen con la identidad. En lo que nos queda de ésta, me referiré a lo que muchos –y me incluyo– consideran el marco fundamental de toda identidad renovada para



nuestro Instituto: la espiritualidad de Marcelino. Si tú y yo queremos emprender una revolución del corazón, éste es el punto de partida.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. Imagínate que un alumno o un compañero de trabajo te hace estas preguntas: ¿Quiénes son los Pequeños Hermanos de María? ¿Qué es lo verdaderamente importante para ellos? Tú, ¿qué contestarías?
2. La vida marista ¿es prácticamente imperceptible en tu país, provincia o distrito? Si es así, ¿cómo te sientes ante ese estado de cosas? Si te incomoda esa situación, ¿qué pasos puedes dar tú para tratar de remediarlo?
3. Una y otra vez hemos señalado que hay tres elementos esenciales en la identidad de los Pequeños Hermanos de María: la oración, el apostolado y la comunidad. ¿Estás de acuerdo? Si lo estás, ¿en qué te basas? Y si no lo estás ¿qué elementos señalarías tú como esenciales para formar una identidad corporativa de nuestro Instituto?

Nota: Busca un lugar tranquilo donde puedas reflexionar en torno a estas preguntas. Hazlo en un momento en que no tengas prisa. Coge papel y bolígrafo y anota cualquier pensamiento, sentimiento o inspiración que creas que vale la pena guardar. Posteriormente, mira a ver si puedes tener una conversación con otros que hayan hecho lo mismo que tú. Estos apuntes serán muy útiles durante el diálogo o simplemente cuando quieras echarles un vistazo más tarde para refrescar las cosas que surgieron en tu reflexión.

PARTE III

Espiritualidad de Marcelino e identidad de sus Pequeños Hermanos de María en el tiempo presente

En una época de la historia de la Iglesia existía el convencimiento general de que un buen número de los mortales estaba destinado a la condenación eterna. Los que vaticinaban semejante desastre hacían caso omiso de lo que san Pablo denominó el escándalo de la Cruz. Sin embargo, la convicción de que muchos de nosotros podrían pasar la eternidad en el infierno influyó en las creencias y en las prácticas de unas cuantas generaciones de fieles cristianos.

Todos somos modelados, de alguna manera, por los tiempos en que nos toca vivir. Los cristianos que vivieron durante el período arriba descrito no podían evitar verse afectados por el pensamiento y las costumbres de su época.

La Iglesia de principios del siglo XVIII en Francia, parecida a la nuestra, se debatía en medio de una fuerte crisis de renovación. El mundo en que se encontraba había cambiado drástica y rápidamente y la Iglesia tenía que dar una respuesta imaginativa y rica. Algu-

nas personas, como nuestro fundador, contribuyeron a que esa respuesta llegara en su momento debido.

LA INFLUENCIA DE PERSONAS Y FACTORES

Marcelino creció en la localidad de Marlhés, en una región de fe arraigada. En aquellos lugares se veneraba a San Juan Francisco Regis como patrono y los fieles acudían a su sepulcro en peregrinación. La figura de este santo cautivó a Marcelino, que le profesó siempre una especial veneración.

Su madre María Teresa y su tía Luisa fueron las primeras personas que despertaron la vida espiritual en el muchacho. Su ejemplo y su guía fueron determinantes. Le transmitieron las prácticas de devoción y la tradición religiosa de la región montañosa en la que nació.

Juan Bautista Champagnat, padre de Marcelino, también influyó mucho en su vida. Pensador, revolucionario, funcionario del gobierno, comerciante y granjero, supo inculcar a su hijo valores tales como la diplomacia, la prudencia, la compasión por los demás, la habilidad para los negocios y la capacidad para el trabajo manual.

La devoción a María le venía asimismo de las corrientes teológicas que imperaban en la Francia de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Vivía en la región mariana de los obispos Potino e Ireneo, en un país que estaba inspirado por las obras de mariólogos insignes como Olier y Grignon de Montfort.

ESPIRITUALIDAD EVOLUTIVA

El autor de las *Enseñanzas espirituales*¹¹, presenta cinco 'edades' que describen el camino de la Vida Reli-



Una Revolución del Corazón
Hermano Seán D. Sannon, SG

giosa, cada una con sus desafíos propios. Las denomina según las actitudes correspondientes a cada edad: la docilidad; la estabilidad; el asentamiento en las propias costumbres; la fecundidad o el descontento; la decadencia o la santidad.

El desarrollo espiritual de Marcelino tuvo también sus etapas, dentro de un proceso continuo de conversión personal caracterizado por su relación profunda con Dios. Sin haber nacido santo, nuestro fundador invirtió su vida entera en llegar a serlo.

En la fase inicial, sus esfuerzos se centraron en ejercitar la disciplina personal y a ello se dedicó en cuerpo y alma desde que era seminarista, marcándose un plan de oraciones y sacrificios. Esos propósitos le acompañaban en sus períodos de vacaciones y los mantuvo cuando empezó su tarea de coadjutor en La Valla.

Era un programa riguroso de prácticas ascéticas, que incluía el levantarse a las cuatro de la mañana y empezar el día con una meditación de media hora. La misa diaria era precedida por quince minutos de recogimiento personal. Aunque estaba plenamente comprometido en la labor parroquial, todavía encontraba al menos una hora diaria para estudiar teología. Ayudaba los viernes y visitaba asiduamente a los enfermos de la parroquia. No cabe duda de que ese proyecto basado en la disciplina, la oración y la mortificación, con el que nuestro fundador comenzó tempranamente a estrechar su relación con Dios, puede seguir siendo hoy un recurso para el crecimiento espiritual de muchos de nosotros.

Durante una etapa de su relación con Dios, Marcelino –hijo de su tiempo– se apoyaba en la observancia y el fiel cumplimiento de las normas. De ahí extraía un plan de vida que le permitía el control de su conducta y la serenidad de espíritu. Sin embargo, su sentido co-

mún y su recto criterio, influido más por el rigorismo que por el jansenismo, le ayudaron a situarse por encima de los legalismos y la rigidez que tanto pesaron en la teología moral de los seminarios franceses a principios del siglo XIX.

Con el paso del tiempo, el ejercicio de la presencia de Dios arraigó con fuerza en su interior. De todos modos, su camino hacia una relación íntima con Jesús y María no estuvo precisamente sembrado de rosas. El joven coadjutor encontró muchos tramos accidentados a lo largo de su viaje.

EL AMOR A DIOS COMO FUNDAMENTO

Finalmente, llegó un momento en el que su espiritualidad descansó sobre cimientos sólidos: el amor a Dios y al prójimo. Amaba la humanidad de Dios. Siendo expansivo por temperamento, amaba a los demás y le gustaba pasar ratos con la gente. Consciente de que Dios se revela en las personas y acontecimientos de la vida, el fundador estaba convencido de que el camino para una relación de amor con Dios implica una relación de amor con los semejantes.

ESCALONES

Muy pronto en la vida, Marcelino tuvo que enfrentar momentos de crisis que fueron como “escalones” en el proceso de su conversión personal. Acordémonos de su retirada del seminario al acabar el primer año, de la muerte repentina de su amigo Denis Duplay, acaecida el 2 de septiembre de 1807, y de la seria entrevista con el coordinador de estudios del seminario, el Padre Linnossier, que le reprochaba su conducta.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

¿Acaso la espiritualidad de Marcelino no podría inspirarnos en este momento concreto de la historia, inmersos en las tradiciones y costumbres de nuestros países y culturas?

No cabe ninguna duda de que la muerte de su madre María Teresa, en 1810, contribuyó a moldear la espiritualidad de Marcelino. Ella había sido una mediación importante en su decisión vocacional y su más firme apoyo durante el tiempo de formación en el seminario. Un año antes, Marcelino había escrito en su cuaderno de resoluciones: “Oh, mi Dios y Señor. Prometo no ofenderte más y hacer actos de fe y esperanza, no volver jamás a la taberna sin necesidad, evitar las malas compañías y conducir a los demás a la práctica de la virtud”. Al año siguiente le vemos firme y determinado en sus propósitos.

Marcelino se abrió más a la gracia transformadora de Dios en el período final de su preparación al sacerdocio. El Señor se valió de medios humanos para orientar su corazón y su vida hacia la que sería su única meta: dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar.

Hermanos, llamadlo cristianismo práctico, llamadlo como queráis, pero lo cierto es que Marcelino alcanzó a desarrollar una espiritualidad profundamente encarnada. Él sabía por experiencia que una vida espiritual auténtica tiene su origen en el lugar y en la coyuntura en que nos hallamos. A medida que fue madurando, toda persona que encontraba en su camino se convertía para él en imagen de aquel Señor resucitado que había llegado a conocer y amar tan íntimamente.

DEFINIR LA ESPIRITUALIDAD

Todo esto está muy bien, me diréis, pero ¿cómo podemos vivir nosotros hoy la espiritualidad de Marcelino? Mirad, él era un hombre de su tiempo. Buscaba a Dios a través de las circunstancias de la vida y los acontecimientos de su época. ¿Acaso no podría su espiritualidad inspirarnos en este momento concreto de la histo-

ria, inmersos en las tradiciones y costumbres de nuestros países y culturas?

Más tarde volveremos a revisar las tres características principales de la espiritualidad del fundador, tal como las encontramos en su *Testamento Espiritual*: el ejercicio de la presencia de Dios, la confianza en María y esas llanas virtudes de la humildad y la sencillez. Pero antes quiero precisar algunos términos para que podamos reflexionar sobre el tema en un contexto actual.

¿A qué me refiero con el término espiritualidad? Permitidme que empiece a contestar esta pregunta con otro relato. Se trata de un joven que aspiraba a la santidad. Se esforzó denodadamente para lograrla y al final fue a contárselo al rabí.

“Rabí – anunció – creo que he alcanzado la santidad”.

“¿Qué te hace pensarlo?” – preguntó el rabí.

El joven replicó: “Llevo ya tiempo ejercitándome en la práctica de la virtud y la disciplina y he adquirido un nivel notable. Desde la salida del sol hasta el ocaso aguanto sin probar alimento y sin beber agua. Durante el día hago los trabajos más duros para los demás sin esperar reconocimiento alguno. Cuando me viene la tentación de la carne, me revuelco sobre la nieve o me arrojo a los zarzales hasta que se va. Después, por la noche, antes de acostarme, practico la antigua disciplina monástica dándome latigazos en la espalda. Me he purificado hasta llegar a la santidad”.

El rabí permaneció un buen rato en silencio. Finalmente, tomó al joven del brazo y lo acompañó hasta una ventana de la estancia. Señaló con el dedo un viejo caballo, en el momento en que su dueño se lo llevaba del prado. “Hace tiempo que vengo observando ese caballo – comentó – y me he dado cuenta de que



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Las tres características principales de la espiritualidad del Marcelino, tal como las encontramos en su Testamento Espiritual: el ejercicio de la presencia de Dios, la confianza en María y esas llanas virtudes de la humildad y la sencillez.

se pasa todo el día trabajando para otros sin comer ni beber y ninguno se lo agradece. A veces lo veo revolcándose en la nieve o saliendo de los zarzales, como suelen hacer los caballos y, de vez en cuando, su dueño le arrea con el látigo. Pero yo te pregunto: ¿tenemos delante a un santo o a un caballo?”

¿Adónde quiero llegar con esta historia? Nos enseña que la espiritualidad tiene que ver más con el agradecimiento a Dios por el regalo de su amor incondicional que con cualquier práctica piadosa. A fin de cuentas, la gratitud es la raíz de toda virtud, es el fundamento del amor y la caridad. Marcelino lo entendió y nos invita a nosotros a hacer hoy lo mismo.

Una de las ventajas de nuestra época, aunque a algunos les cuesta aceptarlo, es la conciencia creciente de que la espiritualidad se relaciona más con el fuego inextinguible que arde dentro de nosotros que un camino que asciende por la escala de las virtudes. Los ejercicios de piedad desprovistos de pasión no lo sostienen a uno mucho tiempo.

Hay quienes dicen que llevan dentro pasión a raudales. Además admitimos que esta fuerza conductora que subyace en lo hondo de nuestra experiencia humana es la que alimenta el amor, la creatividad y la esperanza que anima la vida. Y a pesar de ello somos reacios a admitir que esa pasión es también parte íntima de nuestra espiritualidad.

¿Se debe esa reticencia al hecho de que la pasión, al tener más de un rostro, nos asusta un poco? Después de todo, la pasión es a veces desasosiego y deseo ardiente, experiencia de profunda carencia. Este rostro de la pasión nos deja al filo de la ansiedad, insatisfechos y frustrados. Y en medio de toda esa desazón ¿dónde queda la espiritualidad? Al final de cuentas, la espiritualidad es nuestra pasión integrada plenamente.

EL AMOR GRATUITO DE DIOS

Esto no es propiamente lo que a la mayoría de nosotros nos dijeron en nuestros años de formación, ni en el segundo noviciado. Por el contrario, con frecuencia se nos indujo a creer que para acercarnos a Dios debíamos ascender con mucho esfuerzo por esa escala de virtudes que acabamos de mencionar. Pero ¿acaso no es cierto que toda relación con Jesús nos viene por iniciativa de Él y no de nosotros? Teresa de Ávila solía decir a los que buscaban su consejo espiritual que, cuando les faltaban las palabras para orar, lo que tenían que hacer era entrar en la capilla y, sencillamente, sentarse ante el Santísimo Sacramento para que el Señor pudiera mirarlos con amor.

Nuestra sed de Jesús no es más que el reflejo de la que Él tiene de nosotros. Pero, al contrario de Teresa y Marcelino, parece que a nosotros nos resulta difícil creer que Dios nos quiere con un amor incondicional. “Sí, —diremos— Dios nos ama con total gratuidad...” Y la palabra “pero” parece estar asomando ahí detrás, sin darnos lugar a concluir la frase con convicción. Debemos preguntarnos qué sentido tiene domesticar el amor de Dios, pretendiendo que algo que se nos otorga tan libremente deba ser ganado. En esta vida lo único que se interpone en el camino de la aceptación incondicional del amor de Dios, somos nosotros mismos.

ELEMENTOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Los santos y místicos que nos han precedido llegaron a comprender y acoger el gran amor que Jesús tenía hacia ellos. Ése es un camino que deben recorrer todos los creyentes.

¿Y qué es lo que hemos de hacer nosotros? Lo primero, aceptar que Jesús es la respuesta a la gran pre-



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

Nuestra sed de Jesús no es más que el reflejo de la que Él tiene de nosotros.

gunta que supone toda existencia humana. Marcelino llegó, con el tiempo, a entender esa parte de la Buena Noticia. Ésa fue también la primera propuesta que hicieron los miembros del 20.º Capítulo General cuando escribieron las cinco llamadas que constituían el núcleo del Mensaje capitular. En el centro de mi vida late mi relación personal con Jesús. Eso significa que tengo que reservarle mi tiempo, como haría con cualquier otra relación significativa en mi vida, para que el fuego no se apague y permitir a Jesús que se me manifieste tal y como es.

Nuestra vida espiritual se desarrolla en etapas y debemos ser pacientes con nosotros mismos. Algunos directores espirituales comparan la gracia consoladora que brota de nuestra relación con Jesús al agua que rebosa en un pozo. En los comienzos de esa relación, somos jóvenes y fuertes y podemos fácilmente sacar agua del pozo con nuestras propias manos. Tenemos a nuestra disposición tanta gracia de Dios como queramos. Pero la verdad sea dicha, somos nosotros los que mandamos, no Jesús.

Con el paso del tiempo, el nivel del agua en el pozo empieza a bajar. Pero aún nos mantenemos vigorosos y, con nuestro esfuerzo humano, continuamos echando el cubo adentro y sacando toda la consolación de Dios que deseamos. Pero seguimos controlando nosotros la situación. A Jesús le dejamos a cierta distancia.

Finalmente, el pozo que antaño derramaba agua termina por secarse. Ya no somos ni jóvenes ni fuertes. Nos falta la autosuficiencia de los tiempos mozos. Entonces nos preguntamos: ¿Qué hago yo ahora para obtener la gracia consoladora de Dios? Una respuesta honrada: nada, siéntate y espera que llueva...

Cuando llegamos a este punto en nuestra vida espiritual, como seguramente llegó Marcelino, estamos en

mejores condiciones de permitir a Jesús que sea nuestro compañero en una relación paritaria. Le dejamos libre para querernos como crea conveniente. ¿Y cómo sabemos que nos estamos moviendo en esa dirección? Cuando, al igual que Teresa, aspiramos sólo a una sencilla y callada presencia ante Dios. Nada más. Y nada menos.

En un segundo momento, llego a descubrir el hecho de que Jesús me ama de una manera especial y única: desde el principio de los tiempos, Dios se nos ha adelantado en esa relación, siendo Jesús el ejemplo más fehaciente de esa iniciativa. Nuestra relación personal con Él y su manera de desarrollarse son una experiencia única, no existe el duplicado.

ESPIRITUALIDAD ENCARNADA

Como hemos visto, Jesús era el fundamento de la fe de nuestro fundador. Por esta razón, el momento del encuentro en la Eucaristía era esencial en su vida y deseaba ardientemente poder celebrarla regularmente con nuestros primeros hermanos.

Antes he dicho que volveríamos a examinar con más detalle los tres elementos en que se apoyaba la espiritualidad de Marcelino, tal como él nos los transmitió en su vida y en el *Testamento Espiritual*: confianza en la presencia de Dios; devoción a María y descanso en su protección; y la práctica de esas llanas virtudes de la humildad y la sencillez. La espiritualidad del fundador era encarnada, mariana y transparente.

Veámoslo por partes. Marcelino experimentaba constantemente la presencia de Dios, porque su espiritualidad era encarnada. Estaba apasionado por el Señor y por la misión.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Nuestra vida espiritual se desarrolla en etapas y debemos ser pacientes con nosotros mismos.

Para él, Jesús estaba siempre a mano. Por eso su relación con Él era como un diálogo continuo. A lo largo de su vida, esta confianza en Él y el abandono a la voluntad de Dios se fueron haciendo cada vez más profundos. Con frecuencia citaba las palabras del salmo 127: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”.

Esta espiritualidad encarnada la hallamos también en las expresiones de sus cartas. En una nota dirigida al hermano Marie-Laurent, fechada el 8 de abril de 1839, el fundador escribía: “Su carta, querido amigo, me inspiró mucha compasión. Desde entonces nunca me acerco al altar sin pedir por usted a Aquel en quien no esperamos en vano y que puede ayudarnos a superar los mayores obstáculos”.

ELEMENTOS QUE CARACTERIZAN A UNA ESPIRITUALIDAD ENCARNADA HOY

La relación de Marcelino con el Señor estaba marcada por la pasión. Nosotros también suspiramos hoy por llegar a una experiencia semejante de Dios, aunque debemos entender que puede diferir de algún modo respecto a la del fundador. Vamos a explicar esto.

La pasión es ambiciosa. Así como es un factor principal en nuestra vida espiritual, también está presente en otras áreas de la vida. Por ejemplo, siempre que se manifiesten emociones fuertes como la ira y la rabia, hay pasión de por medio. Lo mismo pasa en los momentos de honda tristeza y de alegría desbordante. La pasión juega igualmente un papel activo en la vida sexual.

Pues bien, en los tiempos de Marcelino a nadie se le ocurriría vincular la sexualidad con la pasión en la vida personal de oración. Los sentimientos sexuales

eran considerados peligrosos y había que tenerlos bajo estricto control. Aunque muchos místicos escribieron sus obras utilizando imágenes sexuales, su trabajo era tratado con reservas, cuando no relegado discretamente al olvido.

Hoy, en cambio, percibimos que la sexualidad es mucho más amplia que la conducta sexual genital, que incluye también nuestra manera de estar en el mundo como hombre o mujer y las actitudes y características definidas culturalmente como masculinas o femeninas, de las que nos apropiamos con el tiempo.

Más aún, la sexualidad envuelve nuestra necesidad humana de llegar a los demás, de abrazar al otro, tanto en un sentido físico como espiritual. Sí, la sexualidad es intrínseca a nuestra relación con el prójimo y con Dios. Tiene más que ver con la auto-trascendencia que con la auto-realización.

Sin embargo, también nos damos cuenta de que, de modo similar a la espiritualidad, la sexualidad tiene más de un rostro. Por una parte nos proporciona entusiasmo para la vida, contribuye al romance en una relación y puede ser la fuente de un coraje inusual y de una generosidad heroica. Pero esa misma energía puede llevarnos a un comportamiento autodestructivo y deshumanizado. Cuando se pierde el sentido del equilibrio, la sexualidad puede complicar las cosas y fomentar conductas descontroladas.¹²

Por tanto, debemos preguntar: ¿existen los medios para canalizar el deseo sexual hacia la creatividad, de manera que nos aleje del comportamiento autodestructivo y nos oriente hacia la unión con Dios y con los demás? Pues sí, los hay. La disciplina personal, la autoevaluación seria, el sentido del humor y la capacidad de asumir la soledad, son actitudes indispensables si queremos vivir una vida fecunda.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Es lo mismo que los directores espirituales, durante siglos, han recomendado a todo aquel que se interesaba sinceramente en su crecimiento interior. A fin de cuentas, el grado en que nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu se integran como partes de un todo, depende en gran medida de la disciplina y de los hábitos que incorporamos a nuestro modo de vida. La calidad de nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con los demás, también se ve influida por las mismas opciones.

Al plantearnos el tema de la relación entre sexualidad y espiritualidad, hemos de afrontar el reto de entrar en amistad con la pasión que late dentro de nosotros y admitir a la vez el hecho de que estamos “sin terminar”. Contra lo que pueda decir cierta cultura ambiental, no podemos tenerlo todo. Al contrario, debemos aprender a vivir en tensión, tanto en la vida espiritual como en la sexual. San Agustín tenía razón al decir que en la vida no podemos dar respuesta plena a esta cuestión fundamental de fe: ¿en quién o en qué ponemos nuestro corazón? Seguiremos inquietos hasta que descansenos finalmente en Dios.

ESPIRITUALIDAD Y CASTIDAD CÉLIBE

Hemos dicho que la espiritualidad y la sexualidad están estrechamente vinculadas. Casi podríamos afirmar que la sexualidad está en la base de toda vida que se tenga por espiritual. Pues bien, si esto es así, la vida espiritual debe, a su vez, sustentar la castidad asumida con autenticidad.

Esta conclusión cae por su propio peso. Para sentirse bien con la opción del celibato hay que comprender, ante todo, lo que significa ser una persona consagrada, esto es, nuestra identidad espiritual. Podemos aprender todo lo que hay que saber acerca de

la sexualidad humana, hasta llegar a ser expertos en la materia, pero mientras no tengamos claro en qué consiste ser una persona espiritual, nos sentiremos siempre incómodos con nuestra castidad.

En la sociedad y en los ambientes culturales donde nos movemos, mucha gente piensa que abrazar una vida de celibato es una ingenuidad y una locura. ¡Y cierto que lo es! Es ingenuo porque esa opción pone en jaque los convencionalismos sociales. Es una locura porque vivir en castidad conduce inexorablemente a una revolución del corazón. El filósofo jesuita Bernard Lonergan¹³ lo define como “un enamoramiento que va más allá de este mundo, una total y permanente rendición amorosa, sin condiciones, matices ni reservas”.

¿Y quién de nosotros está dispuesto a que se obre en él semejante conversión? Aquí está el verdadero desafío del celibato. Al escoger vivir nuestra sexualidad en castidad, nos comprometemos a vivirla con pasión, a sentirnos profundamente espirituales y sexuales a la vez.

Con el paso del tiempo volvemos a redescubrir el fuego –ese suspirar por Jesús– que se ha mantenido latente bajo las cenizas de nuestro interior. Al hacer este redescubrimiento, nos sentimos más familiarizados con nosotros mismos y con el Señor, pero entonces conocemos y aceptamos mucho mejor los ritmos que Él nos marca. ¿Y cuándo puede uno saber que ha llegado a este punto? En el momento en que nos pueden aplicar con propiedad estas palabras: “intensamente espiritual y profundamente humano”. Es decir, exactamente lo mismo que diríamos, sin vacilar, de Marcelino Champagnat.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

En los albores del siglo XXI nos hace falta un nuevo acercamiento a María.

EL LUGAR DE MARÍA

Un segundo aspecto de la espiritualidad de Marcelino es su dimensión mariana. El fundador estaba estrechamente unido a la madre de Jesús. Quiso darnos el nombre de María, la tuvo por Primera Superiora del Instituto y la llamó Buena Madre. La colocó en el centro de nuestra herencia espiritual.

Marcelino fue ahondando en su relación con María progresivamente. La confianza que tenía en su protección se fue convirtiendo en una unión íntima y profunda. María llegó a convertirse en su confidente.

Su devoción a María se manifestaba externamente a través de sermones, novenas y cartas. El mensaje que envió el 4 de febrero de 1831 a los hermanos Antoine y Gonzague, no es sino un ejemplo de este aspecto de su vida espiritual: “Interesen a María en su favor, díganle que, después de haber hecho ustedes todo lo posible, ella será la responsable si sus cosas no van bien”. Marcelino tenía fe ciega en la intercesión de María. Una vez que sus hermanos habían hecho todo lo humanamente posible, era ella quien tenía que responder para que las cosas salieran adelante.

El fundador quería que los primeros hermanos siguieran sus pasos en la devoción a María. Les pedía que colocaran un cuadro o una imagen en las dependencias y deseaba que llevaran siempre consigo algo que la recordara. Más tarde introdujo la conmovedora práctica de ofrecer a María las llaves de la casa. “Ella es la que manda, – decía – es nuestra patrona y protectora”.

También recomendó a sus discípulos que acogiesen a María como madre. Que vieran en ella un modelo a imitar. Que recurrieran a ella con la confianza de un hijo. En la Anunciación, la respuesta de María

fue sencilla y entregada. El fundador quería que nosotros tuviéramos la misma disponibilidad al dar nuestro “Sí”. En la *Regla* de 1837 incluyó una oración especial, “Abandono en las manos de la Santísima Madre de Dios”.

¿Qué podemos aprender sobre la personalidad de Marcelino a partir de su devoción a María? Mucho. Era un hombre consciente de sus limitaciones. Se dio cuenta de que los dones requeridos para la aventura en la que se embarcaba excedían sus capacidades naturales. ¿Cómo podríamos explicar el éxito que tuvo? Siempre atribuyó sus logros humildemente a María. Se acogió bajo su protección constantemente y siguió sus inspiraciones con fidelidad.

MARÍA DE LOS ANAWIM, DE NAZARET, DEL NUEVO TESTAMENTO, DE HOY

¿Y qué decir de nosotros? ¿Qué lugar tiene María en la espiritualidad de nuestro Instituto, en tu vida, en la mía, en la de todos, en esta aurora del nuevo milenio? Primeramente haremos bien en reconocer la rica diversidad que existe entre nosotros respecto a la figura de María. Países diferentes y culturas distintas han generado sus propias imágenes de ella, con una variada geografía de lugares de peregrinación y múltiples formas de celebrar su devoción.

Debemos admitir, de todos modos, que el conocimiento y el aprecio que tenemos hoy por esta mujer de fe extraordinaria ha cambiado poco respecto a la devoción propia del siglo XIX. Ese hecho puede explicar por qué la devoción a María se ha debilitado desde el Concilio Vaticano II, tanto en el Instituto como en la Iglesia. La madre de Jesús ha quedado congelada en el tiempo, atrapada en imágenes creadas por los



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

artistas del Renacimiento, colocada en un pedestal, alejada de nuestro alcance.

En los albores del siglo XXI, nos hace falta en el Instituto un nuevo acercamiento a María que siga las enseñanzas conciliares y, paralelamente, respete y acoga las valiosas tradiciones que florecen en los ambientes donde nos encontramos. No es preciso repetir que esta mujer decidida y fuerte, que tanto significó para Marcelino, ocupa un lugar privilegiado en nuestra vida y en nuestra espiritualidad.

NUESTRO RETO

Las circunstancias del siglo XIX era muy distintas de las de hoy. Por ejemplo, hoy somos mucho más conscientes de la multiculturalidad y de la diversidad que existe entre nosotros. Al mismo tiempo sentimos, paradójicamente, que estamos más cercanos que nunca y que tenemos más posibilidades de conocernos que en anteriores períodos de la historia de la humanidad. Éste es el escenario del mundo y de la Iglesia para el cual debemos desarrollar un lenguaje nuevo a la hora de describir la persona de María. Dicho simplemente, lo que necesitamos hoy es una mariología adaptada a estos tiempos. Y, para marcar la diferencia, ha de ser una doctrina profunda, que nos fortalezca espiritualmente y nos desafíe éticamente.

El Concilio nos enseñó que la santidad y la libertad frente al pecado no se oponen, ni mucho menos, a la historia cotidiana y a los acontecimientos que constituyen la vida sobre esta tierra. Al contrario, la gracia de Dios nos empuja directamente al corazón del mundo.

La vida de María fue un itinerario auténticamente humano. Negar este hecho y pretender sacarla de los parámetros de la humanidad sería injusto, para ella y

para nosotros. Esta mujer de fe nunca fue, ni será jamás, divina. Empeñarse actualmente en aplicar a María títulos que parecen asimilarla a la divinidad, contribuye más a confundir que a clarificar las cosas.

La verdad es que María fue una mujer judía de su tiempo, que observaba el sábado y las demás prácticas comunes a los *anawim*, los pobres de Yahveh, entre los cuales se contaba. Su vida era corriente, sin mayor relieve, propia de una mujer que buscaba, ansiaba, reía y lloraba, que no lo entendía todo y tenía que encontrar su camino de etapa en etapa por la senda de la vida. Y la vida no trató a María de modo especial, pues ella compartió con nosotros la heredad que le corresponde a los humanos: lágrimas, aflicción, amargura, coraje y grandeza, agonía y muerte.

Y aunque los artistas durante siglos la han pintado mientras supuestamente leía el último libro del Antiguo Testamento en espera ansiosa de Gabriel y de la noticia que le aseguraría un lugar en el primer libro del Nuevo Testamento, María era, con toda probabilidad, analfabeta, incapaz de leer, como la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de su tiempo. Teresa de Lisieux afirma que amamos a María, no porque la madre de Dios recibiera privilegios particulares, sino porque vivía y sufría humildemente, como nosotros, en la noche oscura de la fe. María era hija de esta tierra, tenía pasiones humanas, gozos humanos. Compartía las preocupaciones íntimas que seguimos compartiendo hoy todos nosotros.¹⁴

María estaba a la espera del Mesías. Y porque miraba siempre el mundo con los ojos de la fe, fue capaz de reconocerlo, llegado el momento, en el Siervo Sufrido, su hijo. Le tocó tomar decisiones difíciles en la vida y lo hizo con valentía. Con el paso de los años, su presencia llegó a ser respetada en la naciente Iglesia. Por eso, si bien abrazamos la imagen de la Buena Ma-



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

Para que se vaya estrechando el vínculo que tenemos con el Señor, nuestros tiempos de oración personal deben también incrementarse de manera natural hasta que se hagan regulares y prolongados.

dre, propia de Marcelino, hoy más que nunca vemos en ella también a nuestra hermana en la fe, que nos sigue acompañando con su testimonio profético en la Comunión de los Santos.

Personalmente espero que, al liberar a María del peso que significa ser la mujer ideal y bajarla del pedestal en el que la hemos subido, podrá manifestarse al fin tal como es, en el seno de la Iglesia y del Instituto.

LAS LLANAS VIRTUDES DE LA SENCILLEZ Y LA HUMILDAD

El tercer elemento de la espiritualidad del fundador era la práctica de la sencillez y la humildad. La sencillez era característica en Marcelino, hombre directo, jovial, confiado. Quería que sus hermanos mostraran ese mismo talante.

Era también una persona humilde. Según iba madurando en la vida, aprendió a conocerse y aceptarse a sí mismo. No era ningún vanidoso. Y siempre deseó que sus hermanos fuesen hombres honestos y llanos.

Su relación con los niños y jóvenes ilustra bien estos dones. El afecto que sentía por ellos se expresaba de manera espontánea y cordial. Se le tenía por un excelente catequista, que sabía llegar al corazón de los muchachos. Estaba preocupado, tanto por su educación como por su evangelización, y se le oía decir a menudo: “No puedo ver a un niño sin que me asalte el deseo de enseñarle el catecismo y de decirle cuánto lo ama Jesucristo”.

El episodio del *Acordaos* en la nieve es otro ejemplo de lo evidentes que eran la humildad y la sencillez en nuestro fundador. Este incidente abre otra ventana para entrever la estructura de su personalidad y de su

espiritualidad. ¿Cuál fue la razón que movió a Marcelino para ponerse en camino? La preocupación por un hermano enfermo. El amor a sus primeros discípulos fue uno de los rasgos más destacados del fundador. El mundo conceptual de Marcelino podría parecer pequeño si se compara con la cosmovisión que tiene mucha gente en los tiempos actuales. Pero su corazón era muy grande. El amor siempre lo traducía en acción. ¿Estaba enfermo un hermano? El fundador acudía sin dilación a visitarlo.

Dicho eso, sin embargo, quizá cabría preguntarse: ¿Por qué se empeñó en emprender el viaje de regreso con un tiempo que presagiaba tormenta? Algunos podrán pensar que fue una imprudencia.

Aparte de las razones concretas que pudiera tener para tomar el camino de vuelta sin tardanza, podemos suponer que era su sentido de la presencia de Dios y la confianza en María lo que le llevaba a emprender el regreso en circunstancias que a otros habrían hecho desistir. La oración del *Acordaos* en medio del peligro no fue el esfuerzo final de un hombre moribundo. Marcelino vivía convencido de que Dios está siempre presente y actúa; había experimentado la ayuda de María tantas veces que contaba con su protección sin lugar a dudas. El *Acordaos* en la nieve fue la manifestación exterior de una realidad espiritual mucho más profunda.

DESARROLLO ESPIRITUAL

¿Cómo aplicar a nuestra vida lo que hemos dicho sobre la espiritualidad de Marcelino? Obviamente habrá que pagar un precio al implicarnos con Jesús sin condiciones. Al fin y al cabo, lo que él nos pide es que le sigamos, no que le admiremos, lo cual significa abrazar el Misterio Pascual. Si buscamos la transforma-



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

ción, primero tenemos que aprender a aceptar el sufrimiento y la muerte.

¿Cómo se desarrolla la relación con Jesús y qué se necesita para mantenerla? Para empezar digamos que, a lo largo de los siglos, los autores espirituales han insistido en que los tiempos personales de oración son parte esencial del encuentro con el Señor. El itinerario espiritual de Marcelino, como hemos visto, había estado marcado al principio por su madre y su tía Luisa. En los años de seminario su crecimiento interior fue dándose a través de la disciplina de los tiempos reglamentados de oración, mortificación y otras prácticas que introdujo en su vida.

Para que se vaya estrechando el vínculo que tenemos con el Señor, nuestros tiempos de oración personal deben también incrementarse de manera natural hasta que se hagan regulares y prolongados. ¿Qué significa exactamente esto de “regulares y prolongados”? Idealmente, una hora diaria. Pero éste es un punto en el que vamos creciendo poco a poco, siguiendo la llamada de Dios.

Disfrutamos de la compañía de Jesús veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Si somos honestos en nuestra relación con él, desearemos devolverle el favor, haciéndole disfrutar de nuestra compañía, al menos durante una hora al día. La gente que toma su vida espiritual en serio manifiesta siempre esta delicadeza cotidiana, junto con una integridad moral.

Quizá seamos algo remisos en aceptar la idea de encontrar una hora seguida para la oración personal en el transcurso de un día ya de suyo bastante ocupado. Incluso podemos citar el artículo 71 de las *Constituciones* que prescribe treinta minutos de oración personal. Pero seamos sinceros: ¿a quién convenceremos de que sólo disponemos de media hora al día para de-

dicarla a lo que decimos ser lo más importante de nuestra vida?

Hermanos, el activismo que está dominando hoy a no pocos de nosotros raya en lo patológico. En el caso de algunos de nosotros, es realmente la peor amenaza para nuestra vida interior. Yo también me incluyo entre los que tienen que luchar en este sentido.¹⁵

¿A qué se debe que la actividad sin límites constituya una amenaza semejante?¹⁶ A tres factores que están en el fondo del problema y que acaban entumeciendo la mente y el corazón de una persona, a saber: llegar a la persuasión de que todo depende de mí; atribuir a la eficiencia una importancia exagerada; esquivar el reto de la soledad, llenando cada momento con trabajo, entretenimiento o cualquier otra ocupación. Para quienes estamos literalmente poseídos por el activismo, la soledad es una prueba terrible, por cuanto nos obliga a ponernos delante de nosotros mismos. Da pena decirlo, pero algunos de nosotros somos capaces de apañárnoslas como sea, con tal de que esa confrontación con nosotros mismos sencillamente no tenga lugar.

ENCONTRAR REMEDIO

El Sínodo de la Vida Consagrada nos recordó que los hermanos somos significativos en la Iglesia por ser lo que somos, no por lo que hacemos. Sin embargo el hermano Basilio dijo en alguna ocasión que, como Instituto, damos la imagen de sobresalir más en el trabajo que en la oración. Y esa descripción puede seguir siendo válida en estos momentos.

A este respecto un Provincial me dijo recientemente que estaba seguro de que si les pedía a los hermanos de su provincia que se levantaran una hora antes



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

para terminar cualquier quehacer necesario, la mayoría de ellos estarían dispuestos. Pero no podía imaginarse una respuesta semejante si les pidiera lo mismo para tener una hora más de oración, o incluso para realizar alguna acción solidaria comunitariamente. Con el paso del tiempo acabamos constatando que una vida de oración cada vez más comprometida nos ayuda a sostenernos en nuestro tipo de vida, no así el trabajo sin límites.

¿Qué es lo que nos aleja de la oración? Yo creo que, en parte, la abandonamos porque no nos sentimos preparados para hacerla adecuadamente. Si vuestra oración se parece a la mía, seguro que a menudo estará llena de distracciones: asuntos del día, llamadas telefónicas, temas que hay que atender sin dilación. Sí, a veces en mi oración parece que entra todo menos Dios.

Pero quizá deberíamos pensar que todas estas distracciones nos permiten recordar algo muy importante que ya hemos mencionado: no tenemos que hacer nada para ser merecedores del amor de Dios. Se nos da gratuitamente, sin condiciones. Podemos decir “Sí” como María y aceptarlo, o bien rechazarlo, pero la idea de tener que ganarse el amor de Dios es completamente absurda. A muchos les cuesta admitir esto. ¿Por qué motivo? En parte, porque nos da vergüenza esa pasión ilimitada de Dios por nosotros. ¿Y qué es lo que finalmente nos da la fuerza necesaria para responderle? El hecho de que nuestra hambre de Él supera ampliamente nuestro egoísmo y nuestro pecado.

Dicho esto, quiero recalcar que se trata de un asunto muy serio. Llevamos años discutiendo sobre la necesidad de la oración personal y hablando de los fallos que tenemos en este campo. Mientras tanto, al hacer un recuento rápido de las razones dadas por los hermanos en los últimos años al pedir la dispensa de vo-

tos, observamos que la falta de vida espiritual está entre las dos que más mencionan. Este solo motivo es ya razón suficiente para dejar de evadir el problema y encontrarle una solución.

EL MUNDO DE MARCELINO Y EL NUESTRO

Marcelino Champagnat es un santo, no por su propio mérito, sino porque dejó que la gracia de Dios penetrara en su corazón, donde echó raíces y floreció. Así parece sugerirlo él mismo en las palabras del *Testamento Espiritual*: “Cuesta vivir como buen religioso, pero la gracia lo suaviza todo”.

Lo que sucedió en el caso de Marcelino, se aplica también a nosotros. Jesús debe ocupar el primer lugar antes que todo lo demás en nuestra vida. No hay en ello ninguna novedad. En nuestro carácter distintivo ha estado siempre el deseo –expresado mediante profesión pública– de vivir plenamente y con radicalidad la Buena Noticia de Jesús como objeto y fin de nuestra existencia.

Es evidente que desde la fundación del Instituto en 1817 hasta hoy, el mundo marista se ha ido volviendo cada vez más complejo. Actualmente estamos repartidos en 77 países, con hermanos procedentes de las más diversas culturas. Idiomas, costumbres y tradiciones varían de unos lugares a otros, a veces hasta dentro del mismo país. No hay que perder de vista esta realidad cuando dialoguemos y soñemos nuestra identidad para los tiempos presentes.

Por poner un ejemplo: últimamente, en algunas partes del mundo, ha brotado una espiritualidad basada en lo ecológico. Eso significa que en el futuro no será extraño que nos preguntemos de qué modo este nuevo enfoque contribuye a una mejor comprensión



del camino espiritual propio de Marcelino. En ese caso, habrá que tener en cuenta que las nociones sobre la ecología están influidas por los respectivos ambientes culturales. Por tanto, a la hora de dialogar, habrá que tener un conocimiento previo de la ecología en las culturas tradicionales, en las religiones orientales y en la variedad de culturas contemporáneas.

Felizmente no estamos solos en nuestro empeño por transformarnos en un Instituto que sea verdaderamente universal y se manifieste como tal con palabras y con obras. Hace ya treinta años el teólogo alemán Karl Rahner señalaba que la Iglesia del siglo XX afrontaba este mismo reto: dejar de ser una Iglesia de cristiandad occidental y convertirse en una Iglesia auténticamente mundial. Debemos tener siempre en mente esta llamada a la universalidad cuando reflexionamos sobre la espiritualidad de Marcelino, en busca de una identidad renovada para los Pequeños Hermanos de María en el mundo de hoy.

CRECER EN EL ESPÍRITU

Ya hemos visto que la relación de Marcelino con el Señor fue creciendo con el tiempo. Hemos dicho también que al principio de su itinerario espiritual se sirvió de la disciplina del reglamento diario y de determinadas prácticas conducentes a adquirir el “hábito” de la oración. Con el paso de los años llegó al punto en que su relación con Jesús se convirtió para él en una segunda naturaleza.

Abrazarse al Misterio Pascual y unir estrechamente vida interior e integridad moral, esto es lo que Jesús inspiró a sus discípulos y lo que el fundador deseó para sus hermanos. ¿Qué otros rasgos tomados del evangelio buscó Marcelino para los suyos? Tres en particular vienen a la mente: la pasión por la justicia, un co-

razón agradecido y la vivencia de la fe en un contexto comunitario. Permitidme unas breves palabras sobre cada aspecto.

A nadie le debe extrañar que el trabajar por la justicia y a favor de los pobres sea una de las actitudes que más redundan en el fortalecimiento de la vida espiritual. Para Jesús había dos mandamientos básicos, amar a Dios y amar al prójimo. En Mateo 25, el Maestro se extiende en detalles y proclama sin rodeos que al final de los tiempos seremos juzgados sobre cómo tratamos a las personas pobres. Ésa será la exacta medida de cómo tratamos al Señor.

Nos engañamos al pensar que podemos relacionarnos con Dios sin preocuparnos constantemente por los miembros más débiles de la sociedad y analizar honradamente de qué manera nuestro modo de vida contribuye a su dolorosa situación. Una espiritualidad que se tenga por tal no puede desentenderse de las personas que sufren la pobreza. No puede olvidarse de sus problemas ni dejar de cooperar para que la sociedad sea cada vez más justa.

El corazón agradecido es otro aspecto muy importante en la vida espiritual. Podríamos decir que ser santo es estar impregnado de gratitud. Lo cual nos lleva a pensar que sólo las personas agradecidas serán capaces de transformar este mundo espiritualmente. La parábola del Hijo Pródigo ilustra esto último. Los dos hijos están “alejados de la casa paterna”, uno desde la infidelidad y la debilidad, el otro por su rabia y amargura.¹⁸

Siguiendo las costumbres de la época, el hijo tenía derecho a pedir su herencia, aun en vida del padre de familia. El padre debía recibir a cambio los intereses producidos por la parte transferida al hijo. En este caso, cuando el más joven tomó lo que le correspondía



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

para malgastarlo en tierras lejanas, estaba negando al padre los intereses debidos. Ese hijo pecó, no tanto por llevar una vida disoluta en un país extranjero, sino porque su actitud dejaba entrever que prefería que su padre estuviese muerto.¹⁷

El hermano mayor tampoco era trigo limpio. Hacía las cosas correctamente, pero por razones oscuras. No había gozo ni fiesta en su corazón. Jesús nos pide que no imitemos a ninguno de los dos hermanos. Nos anima a seguir el ejemplo del padre, un hombre abierto al agradecimiento y lleno de compasión.

Finalmente, hay que contemplar la espiritualidad tanto desde el ámbito personal como desde el comunitario. Dios nos llama no sólo individualmente, sino también como grupo. A algunos esto se les hace cuesta arriba. Queremos a Dios, pero no queremos instituciones como la Iglesia. Su dimensión humana y su pecado nos avergüenzan. Y, sin embargo, nuestra búsqueda de Dios debe tener una dimensión comunitaria. Nunca puede ser exclusivamente un proyecto individual. Es bueno recordar que formamos parte de esta Iglesia, tan humana y pecadora, a la que a menudo hacemos objeto de nuestras críticas.

ALGUNAS APLICACIONES PRÁCTICAS

Todo lo dicho está muy bien, podríais argüir de nuevo, pero ¿adónde vamos con todo este discurso sobre tantos temas diversos, como la espiritualidad, el vivir con pasión, la experiencia de Marcelino y el trabajo de la renovación? Permitidme que os ofrezca algunas pistas de aplicación práctica. En primer lugar, antes mencioné que entre las congregaciones que experimentaron uno o más renacimientos a lo largo de su historia, había un factor común evidente: en sus miembros se produjo una profunda transformación del corazón,

que revitalizó su fe y condujo sus vidas a una mayor centralidad en Jesucristo. Este punto es esencial, pues el aspecto más importante de nuestra identidad de hermanos es nuestra identidad espiritual.

La dominica Ellen Gaynor, que asistió como oncóloga al cardenal Bernardin de Chicago, Illinois, durante la fase terminal de su vida minada por el cáncer, ha escrito cosas conmovedoras sobre aquel hombre y sobre la honda impresión que le causó. Nos relata el inmenso ánimo y la fe que demostró Bernardin en las semanas en que la enfermedad le fue arrebatando la salud hasta acabar con él.

La vida y muerte del cardenal ponen de manifiesto que el testimonio personal puede ser una herramienta poderosa para extender el mensaje de Jesús.¹⁹ De un modo u otro, todos sabían que Joseph Bernardin era, ante todo y sobre todo, un sacerdote. Igualmente, nuestra esencial identidad de religiosos y hermanos debe estar clara y visible, para nosotros y para todos los que entren en contacto con nosotros.

Los que quieren crecer en su vida personal de oración y, de esa manera, profundizar en la intimidad con Dios, encuentran en su Palabra el mejor lugar para empezar. Todo momento que dediquemos a orar con la Biblia en mano dejará su fruto.

Otro recurso es asignarse un momento cada día para orar y reservarlo como si fuese una cita de agenda que no se puede cancelar. A mí me sucede, por ejemplo, que si no le dedico tiempo en la mañana, lo más probable es que luego tenga muy poco tiempo de oración personal durante el día. Por la noche suelo estar muy cansado y la jornada está de ordinario demasiado llena para que pueda encontrar espacio suficiente. Así que debo organizarme de acuerdo a mis circunstancias.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

La oración comunitaria es otro espacio importante en nuestra vida diaria para alimentar la intimidad con Jesús. Pero aquí el reto es a menudo más complejo que en el área de la oración personal. ¿Por qué? A causa de las diferencias de personalidad, formación y edad que existen entre nosotros. Otro factor que se añade a los anteriores es la disparidad de criterios que surge en torno a la naturaleza y la forma de las oraciones que están prescritas para uso comunitario.

Tanto en su forma como en su ritmo, la oración comunitaria se ha visto influida y modelada por la realidad concreta de la Vida Religiosa en un determinado momento. Así ha sido en todas las órdenes y congregaciones en general y en nuestro Instituto en particular. A menudo, las directrices de los Capítulos Generales o las indicaciones de parte de la Iglesia han sido el catalizador en la evolución de la oración comunitaria, por no mencionar las limitaciones de tiempo que se derivan de las tareas apostólicas.

Es triste decirlo, pero han contado menos otros factores de mayor peso, como podría ser la respuesta honesta de la misma comunidad ante preguntas como éstas: ¿En qué modo queremos dirigirnos a Dios como grupo? ¿Cuál es la mejor manera de celebrar juntos esta sed de Jesús que nos une?

Bueno, a lo mejor os sentís un poco incómodos después de leer lo que acabo de decir. La verdad es que si lleváramos este proceso hasta sus últimas consecuencias, utilizando estas dos preguntas que he propuesto como medio para organizar la oración en comunidad, podríamos desembocar en una multiplicidad de formas y estilos. Quizá nos vendrían en mente las imágenes de la confusión en la Torre de Babel.

Pero tenemos como guía nuestras *Constituciones* y las valiosas tradiciones de nuestro Instituto, que no es-

taría mal traer a la memoria antes de pasar a exponer nuestras ideas a la comunidad. Para ayudarnos a reflexionar sobre la oración comunitaria, contamos también con nuestra experiencia cotidiana de la misión, la relación comunitaria y otras áreas de nuestra vida. Podemos añadir algún conocimiento sobre cómo fue transformándose a través del tiempo la oración comunitaria en la Vida Religiosa.

Ya que lo mencionamos, vamos a dedicar unas líneas a recordar la evolución histórica de nuestra oración comunitaria, situándola a grandes rasgos en el contexto de lo que ha sido la oración de las comunidades religiosas, desde la época de los Padres del Desierto hasta el presente. Probablemente luego estaremos en mejores condiciones para revisar a fondo nuestro modo de celebrar cada día la presencia amorosa de Dios entre nosotros.

BREVE HISTORIA DE LA ORACIÓN COMÚN

Podemos partir, en términos muy generales, de las comunidades benedictinas de la Edad Media. Ya desde aquellos tiempos, los monjes preferían el Oficio Divino, que consistía en el canto de los salmos, entreverado con lecturas de los Padres de la Iglesia.

Hacia los siglos X y XI, la Eucaristía –que ahora está elevada a una posición de suprema importancia entre todas las oraciones de la Iglesia– usurpó al Oficio Divino su posición privilegiada y pasó a ocupar el centro de la jornada monástica.

Los cistercienses y los beguinos, que aparecieron en escena durante la Alta Edad Media, revolucionaron la oración, tanto personal como comunitaria, y la espiritualidad en general. Enfatizaban la motivación más que la oración formal. Su “misticismo afectivo”, como se le



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

denominó, acabó incluyendo varias expresiones místicas, tales como la levitación, los trances y los estigmas.

En el siglo XVI, Ignacio de Loyola desarrolló un nuevo método para estructurar la meditación, la cual se centraba en la vida de Cristo y en las grandes verdades de la fe. Muchas congregaciones religiosas adaptaron su estilo de oración al modelo ignaciano. En lugar de poner el énfasis en el Oficio Divino o en la contemplación mística, Ignacio enseñó a sus discípulos a hacer los *Ejercicios espirituales* en el marco de un retiro anual, sustentando estos ejercicios en la meditación discursiva. Las tres facultades de memoria, entendimiento y voluntad entraban plenamente en la ejercitación.

Estas prácticas fueron bien acogidas por un número de comunidades religiosas de nueva fundación. Muchas de las congregaciones que nacieron en el siglo XIX adoptaron en sus reglas el retiro anual e hicieron de la meditación discursiva la base de la oración comunitaria. El misticismo afectivo, que tan popular había sido en tiempos pasados, fue reemplazado por las reflexiones en torno a determinados puntos previamente elegidos. A los hermanos que se formaron antes del Concilio les resultará muy familiar el esquema ignaciano de los puntos de meditación. Era el método que se enseñaba por encima de cualquier otro.

Con la llegada del siglo XIX, el Oficio Divino quedó relegado en muchas de las nuevas congregaciones de vida apostólica. En su lugar aparecieron numerosas devociones, como las novenas, el rosario, la oración de la mañana y de la noche, las letanías. Estas prácticas eran un reflejo del movimiento que se estaba dando en toda la Iglesia.

Pero ¿por qué se eligieron las oraciones devocionales por encima del Oficio Divino? Podríamos señalar

unas cuantas razones, pero quizá la principal era que el oficio, con su ritmo de las horas distribuidas a lo largo de la jornada, interfería demasiado las tareas apostólicas del grupo. Muchos opinaban que resultaba difícil, por no decir imposible, dedicarse plenamente a la educación o a cuidar enfermos al tener que interrumpir la labor varias veces al día para el rezo comunitario.

Con el tiempo, lamentablemente, la oración mística o contemplativa fue cayendo en desuso y los que suspiraban por ella eran tachados de arrogantes. La contemplación pasó a ser considerada como cosa reservada a una reducida elite espiritual. Esta idea equivocada nos ha empobrecido como Iglesia. Si nosotros, religiosos apostólicos, hemos de ser contemplativos en la acción, necesitamos ser tan proclives al lado contemplativo de esta definición como lo estamos al de la acción.

Resumiendo, el estilo de oración comunitaria que existe en el Instituto y en otras congregaciones ha ido evolucionando con el tiempo. A cada paso del camino se ha inspirado libremente en las costumbres eclesiales del momento. Debemos tener presente esta historia de la oración común en la vida consagrada cuando reflexionamos sobre la espiritualidad de Marcelino y nos esforzamos por precisar una oración comunitaria revitalizadora para el Instituto, adecuada a sus dimensiones y a sus objetivos específicos.

Más aún, tenemos que conocer bien los orígenes de nuestra propia oración comunitaria. Sólo entonces estaremos en condiciones de valorar debidamente las formas nuevas y creativas de alabar a Dios que han brotado en la comunidad católica en años recientes y de ver en qué medida podrían ayudarnos para renovar este aspecto tan importante de un Instituto multicultural como el nuestro.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sammon, SG

REFLEXIONES EN TORNO A NUESTRA ORACIÓN COMUNITARIA

Todas las congregaciones religiosas tienen su particular historia sobre la oración común. También nosotros. Muchos recordarán los días en que el *Oficio Parvo de la Santísima Virgen*, por supuesto recitado en latín, era utilizado como texto de oración. Hoy sería difícil incluso encontrar un ejemplar de aquel librito.

Por otro lado, sabemos que el canto o la recitación de la *Salve Regina* al comienzo y al final del día no era una costumbre de nuestras primeras comunidades. Fue en 1830 cuando Marcelino introdujo esta práctica. La “segunda Revolución Francesa” estaba en marcha y el fundador, movido por su gran devoción a María, estableció la *Salve* para pedir a la Buena Madre que protegiera a sus hermanos en aquellos tiempos difíciles.

Parece ser que fue el hermano Luis María, tercer Superior General, quien introdujo las invocaciones que recitamos por la mañana después de la *Salve*. Estaba seriamente preocupado por el viaje de los hermanos que partían para fundar en Sudáfrica. Hay que decir que esa provincia ha celebrado su centenario antes de la reestructuración, de modo que podemos estar seguros de que los hermanos llegaron a su destino sin contratiempos. Las invocaciones que se rezaron tan fervientemente para pedir una buena travesía, sin embargo, siguen siendo parte de la oración de la mañana en nuestras comunidades.

UNA ÚLTIMA PALABRA SOBRE LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

Marcelino sabía que la espiritualidad, expresada en la oración personal y comunitaria, era el centro de la vi-

da de sus Pequeños Hermanos. Sin ellas, pronto nos alejamos de los ideales propios de nuestra forma de vida. La oración personal de cada día debe ser el manantial en el que nos refrescamos regularmente.

La oración común era para él sumamente importante. Si queremos renovarla, hemos de asumir ciertos riesgos. El primero de todos es el de hacer partícipes a los demás de nuestra experiencia de relación con Jesús. Si buscamos nuevas maneras de alabar a Dios que nos satisfagan, debemos estar abiertos a compartir nuestra espiritualidad personal, aunque nos cueste un poco.

Luego tenemos que estar al corriente de lo que se hace en la Iglesia en este campo de la oración en común. Actualmente hay muchas iniciativas en este campo dentro del Pueblo de Dios.

Debemos, finalmente, respetar la diversidad cultural. Incluso dentro del margen de las *Constituciones*, la oración comunitaria no tiene por qué asumir la misma forma en todas partes del mundo. Lo importante es que responda al sueño de Marcelino. Entonces será efectivamente una misma oración.



Una Revolución del Corazón

Hermano Seán D. Sannon, SG

OBSERVACIONES FINALES

Hemos llegado al final de esta carta circular. Es el momento apropiado para recalcar que estamos emergiendo de un período a la vez bendito y agitado, lo cual no quita que todavía nos queden por delante tareas formidables y decisiones complejas. El trabajo que nos espera va a exigir los mismos esfuerzos que hemos hecho hasta ahora, esto es, tener la mente abierta y una gran capacidad de renunciar a los puntos de vista que crean división, además de una buena dosis de sacrificio.

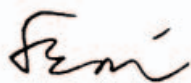
Ya dije anteriormente que esta circular sólo trata un aspecto de nuestra identidad como Pequeños Hermanos de María, si bien es el más relevante. Los miembros del 20.º Capítulo General nos llamaron a “centrar apasionadamente nuestras vidas y nuestras comunidades en Jesucristo, como María. Y para ello poner en marcha procesos de crecimiento humano y conversión”.

Es un mensaje que plantea desafíos, sin duda, pero los propone como una experiencia gozosa. Es necesario que se transparente la alegría en la vida y en la misión de los hermanos de Marcelino. Como me decía un hermano recientemente: “¿No sería maravilloso que llegáramos al final de nuestros días y nos tuviésemos que preguntar dónde estaba el mérito de nuestra perseverancia, después de haberlo pasado tan bien?”

De modo que, hermanos míos, mantengámonos despiertos. El reto que afrontamos está muy claro y disponemos de los recursos necesarios para hacerle frente. ¿Acaso no es el mismo reto que hemos tenido siempre, desde que fuimos fundados el 2 de enero de 1817? Marcelino lo expresó con toda nitidez: “Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar”. Con esta sencilla definición de la vocación marista nos estaba recor-

dando que en la raíz de nuestra identidad como Pequeños Hermanos de María debe estar, ante todo y sobre todo, Jesús y la Buena Noticia que Él nos trajo.

Un afectuoso saludo,



Seán D. Sammon FMS
Superior General

Nota: Una vez más, busca un espacio tranquilo donde puedas reflexionar en torno a estas preguntas. Hazlo en un momento en que no tengas prisa. Coge papel y bolígrafo y anota cualquier pensamiento, sentimiento o inspiración que creas que vale la pena guardar. Posteriormente, mira a ver si puedes tener una conversación con otros que hayan hecho lo mismo que tú. Estos apuntes serán muy útiles durante el diálogo o simplemente cuando quieras echarles un vistazo más tarde para refrescar las cosas que surgieron en tu reflexión.



Una Revolución del Corazón
Hermano Seán D. Sammon, SG

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Qué aspectos de la espiritualidad de Marcelino te llaman más la atención y te mueven interiormente? ¿Están también presentes en tu propia espiritualidad? Si lo están, expresa de qué manera.
2. Igualmente, ¿qué aspectos de la espiritualidad de Marcelino te intranquilizan o no te mueven interiormente? Intenta precisar. Y trata de dar algunas razones por las cuales tales aspectos no te llaman particularmente la atención
3. ¿Cuáles son las mayores gratificaciones que experimentas y las mayores dificultades que encuentras en tu vida de oración personal y comunitaria? Lo que has leído sobre Marcelino y su espiritualidad, ¿te ayuda acaso a enfrentar esas dificultades de manera satisfactoria? Si te ayuda, di cómo.
4. Los diálogos acerca de la oración comunitaria pueden conducir a malentendidos y tirantez en las relaciones, justamente lo contrario de lo que cabría esperar de una vida de oración. Ponte a soñar durante unos minutos: ¿cómo debería ser la oración en tu comunidad, tomando en cuenta las diferencias que hay por la edad, las maneras de ser, la cultura y la visión de la Vida Religiosa? ¿De qué manera se podrían plantear estos temas con mayor libertad en la comunidad? ¿Qué resultados esperarías de esos diálogos?
5. ¿Quién es María para ti hoy? ¿De qué manera ha cambiado la imagen de María –si es que ha cambiado– desde tus años de formación hasta ahora?

REFERENCIAS

- 1 Catherine de Vinck, *A time to gather: selected poems*. Combermer, Ontario: Alleluia Press, 1967 y 1974, p. 33.
- 2 Eugène Burnand (1850-1921), *Los discípulos Pedro y Juan corren al sepulcro la mañana de Resurrección*. Musée d'Orsay, Paris, adquirido en 1898.
- 3 John Padberg, SJ., *The Crisis in Religious Vocations: an inside view*. New York: Paulist: Laurie Felknor Ed., 1989.
- 4 *Actas del 20.º Capítulo General. Instituto de los Hermanos Maristas de la Enseñanza*. Casa General. Roma, 2002, p. 113.
- 5 *Documento del 20º Capítulo General Instituto de los Hermanos Maristas. Optamos por la vida*. Roma, a 13 de octubre de 2001, p. 22.
- 6 *Actas del 17º Capítulo General*, p. 95.
- 7 Cf. *Testamento Espiritual de José Benito Marcelino Champagnat, Constituciones y Estatutos*. Roma, 1993.
- 8 *Documentos del Vaticano II*. Madrid: BAC, 2ª ed. 1977.
- 9 Bruce Lescher in Michael Meister, FSC (Ed.), *Blessed Ambiguity: Brothers in the Church*. Christian Brothers Conference, 1993, pp. 11-28.
- 10 *Actas del 17º Capítulo General*, p. 85.
- 11 Furet, Juan Bautista, *Crónicas Maristas III. Sentencias*. Luis Vives: Zaragoza, 1989. Capítulo 23.
- 12 Ronald Rolheiser, OMI, *The Holy Longing: The Search for Christian Spirituality*. Doubleday, 1999.
- 13 Bernard Lonergan, SJ, *Método en Teología*. Salamanca: Sígueme, 2001.
- 14 Elizabeth Johnson, CSJ, *Truly our Sister: A Theology of Mary in the Communion of Saints*. Continuum, 2003.
- 15 Ronald Rolheiser, OMI, *Against an Infinite Horizon: The Finger of God in our Everyday Lives*. New York, Crossroad, 2001.
- 16 *Ibid.*
- 17 Para mayores detalles ver: Henri Nouwen, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. Madrid: PPC, 2002.
- 18 Bernardin, Cardenal Joseph, *El don de la paz*. Barcelona: Editorial Planeta. 1998.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a los miembros del Consejo General, a otros hermanos del Instituto y a varios amigos y colegas que leyeron el borrador de esta circular y me hicieron valiosas sugerencias. Mi agradecimiento a todos ellos, particularmente a Luis García Sobrado y los hermanos del Consejo que tuvieron mucha paciencia conmigo a lo largo del proceso. Gracias también a Marie Kraus SNDdeN y a Gerard Brereton FMS, que revisaron el texto original en inglés, y a quienes hicieron la traducción al francés (Joseph Belanger FMS, Louis Richard FMS y Gilles Beauregard FMS), al portugués (Ricardo Tescarolo) y al español (Carlos Martín Hinojar FMS).

Estoy en deuda con cada uno de ellos.

